Antonio Gramsci

ODIO A LOS INDIFERENTES

Para conmemorar su muerte —dada a conocer al mundo por las emisoras de radio de la Barcelona revolucionaria (1936-1939)— se eligió un característico texto suyo de juventud (publicado por vez primera el 11 de febrero de 1917 e inédito en castellano) que, entre varias otras, tiene la virtud de no ser fácilmente pasible de manoseo pseudo-académico. Y es el siguiente: «*Odio a los indiferentes*». Vivir quiere decir tomar partido. Quien verdaderamente vive, no puede dejar de ser ciudadano y partisano. La indiferencia y la abulia son parasitismo, son bellaquería, no vida. Por eso odio a los indiferentes. «*La indiferencia es el peso muerto de la historia. La indiferencia opera potentemente en la historia. Opera pasivamente, pero opera*».

Es la fatalidad; aquello con que no se puede contar. Tuerce programas, y arruina los planes mejor concebidos. Es la materia bruta desbaratadora de la inteligencia. Lo que sucede, el mal que se abate sobre todos, acontece porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, permite la promulgación de leyes, que sólo la revuelta podrá derogar; consiente el acceso al poder de hombres, que sólo un amotinamiento conseguirá luego derrocar. La masa ignora por despreocupación; y entonces parece cosa de la fatalidad que todo y a todos atropella: al que consiente, lo mismo que al que disiente, al que sabía, lo mismo que al que no sabía, al activo, lo mismo que al indiferente. Algunos lloriquean piadosamente, otros blasfeman obscenamente, pero nadie o muy pocos se preguntan: ¿si hubiera tratado de hacer valer mi voluntad, habría pasado lo que ha pasado? «Odio a los indiferentes» también por esto: porque fastidia su lloriqueo de eternos inocentes.

Pedir cuentas a cada uno de ellos: cómo han acometido la tarea que la vida les ha puesto y les pone diariamente, qué han hecho, y especialmente, qué no han hecho. Existe el derecho de ser inexorable y en la obligación de no derrochar piedad, de no compartir con ellos lágrimas. «*Soy partidista, estoy vivo, siento ya en la consciencia de los de mi parte el pulso de la actividad de la ciudad futura que los de mi parte están construyendo. Y en ella, la cadena social no gravita sobre unos pocos; nada de cuanto en ella sucede es por acaso, ni producto de la fatalidad, sino obra inteligente de los ciudadanos. Nadie en ella está mirando desde la ventana el sacrificio y la sangría de los pocos. Vivo, soy partidista. Por eso odio a quien no toma partido, odio a los indiferentes*».

«*Odio a los indiferentes*» es un texto de juventud de Gramsci que cobra hoy más sentido que nunca. Éste abre una recopilación de artículos y discursos de Gramsci que devienen testimonio perdurable e inspirador de la lucha contra fenómenos como la apatía o la sumisión a poderes establecidos que coartan la libertad del ciudadano. En esta antología hay críticas a la intolerancia y al arte del fingimiento en la política, respuestas en contra de algunos prejuicios atribuidos a la izquierda como su aversión a la institución familiar, proclamas a favor de la independencia judicial y quejas contra la inacción de los gobernantes. Textos brillantes e imperecederos que ponen de manifiesto la altura intelectual del que fue uno de los más originales y brillantes pensadores del siglo XX.

Antonio Gramsci

Odio a los indiferentes

ePub r1.0

SebastiánArena 25.08.13

Título original: *Odio gli Indiferenti*

Antonio Gramsci, 1917

Traducción: Ed. Er Trnsmt

Retoque de portada: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena

ePub base r1.0

NOTA EDITORIAL

LOS textos que componen esta selección proceden de la publicación de los escritos de Antonio Gramsci editada por Sergio Caprioglio para Giulio Einaudi Editore. En particular, de la colección *La ciudad futura. Escritos 1917-1918* (1982). Con dos excepciones: *Los obreros de la Fiat*, que forma parte de la colección *Socialismo y fascismo*, Einaudi (Turín 1966), y que aquí es recuperado parcialmente, y el discurso ante la Cámara de 1925, publicado en *l'Unità*. Los títulos de los textos son de la editorial, seguidos entre paréntesis por los títulos originales.

Se debe a Sergio Caprioglio el trabajo de atribución de muchos textos de Gramsci, y especialmente el trabajo de verificación, desarrollado en el *Archivo de Estado de Turín*, los textos censurados, y en esa edición restituidos en su versión completa. En efecto, el gobierno Salandra, había impuesto por decreto el 23 de mayo de 1915 (víspera de la entrada en la guerra) que cualquier publicación sería sometida a censura previa, o que las galeradas serían previamente revisadas por la censura. La mayoría de los textos publicados en la prensa socialista eran a menudo parcial o totalmente censurados.

Precisamente para no perder ese valioso trabajo de recuperación, las partes censuradas y encontradas por Caprioglio en las galeradas conservadas en el Archivo de Estado han sido resaltadas entre corchetes, por lo que se hacen de inmediato perceptibles para el lector de la versión original y completa. El editor agradece a Sandro Caprioglio el permiso concedido para publicar los textos recopilados por su padre. También le damos las gracias a Gianrico Carofiglio por habernos dado a conocer el artículo *Odio a los indiferentes* leído por él en ocasión de la manifestación contra la ley sobre las escuchas telefónicas llevada a cabo en el Teatro Quirino de Roma el 31 de mayo de 2010.

¿Por qué hoy?

David Bidussa

AL principio está el desprecio.

«Odio a los indiferentes» son las primeras palabras a las que se enfrenta el lector. Pero después se hace necesaria la inteligencia, si se quiere intentar cambiar. La inteligencia para comprender los muchos males de la sociedad, los que aún hoy están sin resolver: la nulidad de la clase política; el transfuguismo; la ausencia del sentido de la institución parlamentaria en la conciencia pública; el conflicto política-poder judicial; la escuela; los escándalos; la dimensión abstracta de la libertad en la vida política; la «respetabilidad». Inteligencia, sin embargo, no significa sólo «ser agudo», sino también profundizar en las palabras arrogantes del oponente y obligarlo, de hecho, con la inteligencia, a ponerse a la defensiva.

El fragmento del discurso parlamentario, que cierra esta antología, un texto constantemente interrumpido por los gritos, así lo demuestra. Un texto en el que Gramsci fuerza a Mussolini a ponerse a la defensiva, aún no formalmente, pero en realidad ya como Duce, logrando mantener la palabra y hablar el último. La política nunca es sólo fuerza; también es autoridad. Y la autoridad de los «sin poder» se llama inteligencia. Incluso cuando se es castigado por la propia inteligencia. Y la propia valentía.

A primera vista se podrían meter estos escritos de Gramsci en «La Italia de hoy no nos gusta», para retomar la declaración perentoria de Giovanni Amendola. Sería banal. Los diferencia la adhesión a la política más que la fascinación por la antipolítica, pero también la determinación de hablar de una realidad concreta, de comprender los mecanismos. No es sólo una queja.

En estos escritos está el país de a pie, como escribió, sin ser escuchado, en años más cercanos a nosotros, Ruggiero Romano. Habla de las cosas menudas, los comportamientos, los caracteres, la alimentación, la retórica, los tics que se tienen, las palabras que se usan, las costumbres con las que se organiza la vida social. Una realidad que requiere la investigación de la vida real, no la construcción de proyecciones ideológicas.

Pero quedémonos en aquel tiempo históricamente definido.

Un evento: la guerra. Un lugar: Turín. Un tiempo: 1917-1918. En el medio: Caporetto; las huelgas por el pan; la caída del zar en Rusia y luego el asalto al Palacio de Invierno; la entrada de Estados Unidos en la guerra; la entrada de las tropas británicas en Jerusalén; el fin de los conflictos y la disolución de los imperios centrales. En medio, el inicio de la última gran epidemia en Europa, la gripe española (sólo en Italia hubo medio millón de muertes entre 1918 y 1919). Es el siglo XX, sin duda.

En aquel clima, Gramsci fue uno de los pocos intelectuales jóvenes al que una discapacidad física mantuvo lejos de la trinchera. Muchos de sus amigos fueron llamados a filas; algunos no volvieron. En Turín, el hambre, el agotamiento, las fábricas y los trabajadores vuelven a ocupar el centro del escenario. Hay una guerra con todas sus miserias, pero también con todos los problemas que empiezan a vislumbrarse. Necesitamos un ojo agudo para verlos y una mirada intensa para darles sentido. Antonio Gramsci tiene ambas cosas.

Reconsideremos los temas de estos escritos: *Contra la burocracia*, una repetida y extenuante historia de ineficiencia; *Políticos ineptos*, la crisis de la clase política; *Capitalismo fuera de control*, el «clip» de una película cuyas escenas de comedia constituyen un patrón establecido; *Las mujeres, los caballeros y los amores*, una exposición de los muchos vicios privados y virtudes públicas que nos caracterizan.

Para Gramsci, el problema es cómo se traza una fuga que antes que nada significa rechazar la propensa aceptación pasiva de la realidad. Por esa razón, Gramsci «escucha», y nunca se pierde un detalle. Los hombres y las mujeres no son títeres. Para pensar una respuesta que contribuya a mejorar su vida hay que hacerse cargo, en serio, de su agotamiento cotidiano, sin dejar de estar también presente cuando se trata de pasar cuentas con una derrota épica (que es el tema de *Los trabajadores de la FIAT*). Exactamente: contrastar la convicción de que no hay ningún cambio y de que el día a día puede parecer el único mundo posible.

«En 1918 y en 1919 sólo había una sección socialista en Turín y tenía su sede en el edificio de la Alianza Cooperativa. La asamblea se celebraba en una sala grande, muy concurrida. Gramsci no era de los primeros en llegar. Al hacerlo, pasaba desapercibido entre los presentes, ya en plena discusión apasionada, y se iba hasta al lado de una puerta que daba al balcón exterior. Allí cogía una silla, la apoyaba contra la pared, se sentaba y se disponía a escuchar las conversaciones».

En este recuerdo de Umberto Terracini, que se parece mucho a un «fragmento cinematográfico», hay más de un atisbo del Turín justo después de la guerra, aunque más del retrato simpático —y también de sus buenos modales— que a menudo se ha hecho de Gramsci. Una mirada donde predomina, especialmente en aquellos que lo han frecuentado en los últimos años de Turín entre la guerra y la inmediata posguerra, la sensación de tener enfrente a un sujeto genial, vivaz, terco, pero «amigo» y, por lo tanto, susceptible de ser protegido, y sobre el que extender una red de protección en una suerte de solidaridad en la utopía.

En los recuerdos de aquellos que tuvieron la oportunidad de frecuentarlo, Antonio Gramsci es descrito como un hombre que hablaba mucho y que escuchaba de buen grado. Un hombre con la mirada atenta, una buena sonrisa, exigente, categórico, reforzado por una concepción estoica de la vida y de la moral y dotado de una fuerte vocación pedagógica. Una figura que muchos miran con respeto, pero que no se convierte inmediatamente en «el Jefe». Gramsci, para convertirse en uno, tuvo que superar un largo aprendizaje político tras la posguerra y su detención en noviembre de 1926.

La construcción de la dictadura fascista hace emerger definitivamente su talla intelectual. La derrota política de su bando, sobre todo el conocimiento de que necesitan pasar por un largo purgatorio, obliga a Gramsci a medirse con una reflexión totalmente dirigida a reformular una plataforma política capaz de responder a las nuevas realidades. De nuevo vuelve la inteligencia.

«*No conocemos Italia. Peor aún, no tenemos los instrumentos adecuados para conocer Italia, tal como es realmente, así que somos casi incapaces de hacer predicciones, de orientarnos, de establecer líneas de acción que tengan cierta probabilidad de ser correctas*», escribe en noviembre de 1923.

De nuevo vuelve la necesidad imperiosa de ver la vida real, de hacerse cargo del agotamiento de los que han perdido. El imperativo es aún idéntico al que había provocado los primeros movimientos de su aprendizaje: profundizar en la realidad, estudiarla sin

aflojar nunca la presa, mantener la mirada fija en los problemas sin distraerse. Pero también el fin es el mismo: evitar que la nueva cotidianidad pueda aparecer como el único mundo posible. ¿Alguien puede decir que todo ello no sintetiza nuestra condición ahora?

Referencias

La observación sobre la defensa de Mussolini en el discurso pronunciado el 16 de mayo de 1925 es de Renzo de Felice (*Mussolini il fascista*. 1925-1929, Einaudi, Turín, 1968, p. 88). La frase de Giovanni Amendola se encuentra en su *Il Convegno nazionalista*, *La Voce*, año II, n. º 51, 1 de diciembre de 1910: p. 446. Para Ruggiero Romano véase, sobre todo, *Paese Italia*, Donzelli, Roma, 1994. El recuerdo de Umberto Terracini se encuentra en *Gramsci vivo*, de Mimma Paulesu Quercioli, Feltrinelli, Milán, 1977, p. 110. La observación sobre el estoicismo de Gramsci es de Remo Bodei (*Geometria delle passioni*, Feltrinelli, Milán, 2010, p. 395). El texto de noviembre de 1923 se titula *Che fare?* y se encuentra en *Per la verità*, Antonio Gramsci, Editori Riuniti, Roma, 1974, pp. 267-270 (el pasaje citado está en la p. 269).

Antes que nada

Odio a los indiferentes [Indiferentes]

ODIO a los indiferentes. Creo, como Friedrich Hebbel, que «vivir significa tomar partido». No pueden existir quienes sean solamente *hombres*, extraños a la ciudad. Quien realmente vive no puede no ser ciudadano, no tomar partido. La indiferencia es apatía, es parasitismo, es cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes.

La indiferencia es el peso muerto de la historia. Es la bola de plomo para el innovador, es la materia inerte en la que a menudo se ahogan los entusiasmos más brillantes, es el pantano que rodea a la vieja ciudad y la defiende mejor que la muralla más sólida, mejor que las corazas de sus guerreros, que se traga a los asaltantes en su remolino de lodo, y los diezma y los amilana, y en ocasiones los hace desistir de cualquier empresa heroica.

La indiferencia opera con fuerza en la historia. Opera pasivamente, pero opera. Es la fatalidad, aquello con lo que no se puede contar, lo que altera los programas, lo que trastorna los planes mejor elaborados, es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la estrangula. Lo que sucede, el mal que se abate sobre todos, el posible bien que un acto heroico (de valor universal) puede generar no es tanto debido a la iniciativa de los pocos que trabajan como a la indiferencia, al absentismo de los muchos. Lo que ocurre no ocurre tanto porque algunas personas quieren que eso ocurra, sino porque la masa de los hombres abdica de su voluntad, deja hacer, deja que se aten los nudos que luego sólo la espada puede cortar, deja promulgar leyes que después sólo la revuelta podrá derogar, dejar subir al poder a los hombres que luego sólo un motín podrá derrocar.

La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria de esta indiferencia, de este absentismo. Los hechos maduran en la sombra, entre unas pocas manos, sin ningún tipo de control, que tejen la trama de la vida colectiva, y la masa ignora, porque no se preocupa. Los destinos de una época son manipulados según visiones estrechas, objetivos inmediatos, ambiciones y pasiones personales de pequeños grupos activos, y la masa de los hombres ignora, porque no se preocupa. Pero los hechos que han madurado llegan a confluir; pero la tela tejida en la sombra llega a buen término: y entonces parece ser la fatalidad la que lo arrolla todo y a todos, parece que la historia no sea más que un enorme fenómeno natural, una erupción, un terremoto, del que son víctimas todos, quien quería y quien no quería, quien lo sabía y quien no lo sabía, quien había estado activo y quien era indiferente. Y este último se irrita, querría escaparse de las consecuencias, querría dejar claro que él no quería, que él no es el responsable. Algunos lloriquean compasivamente, otros maldicen obscenamente, pero nadie o muy pocos se preguntan: Si yo hubiera cumplido con mi deber, si hubiera tratado de hacer valer mi voluntad, mis ideas, ¿habría ocurrido lo que pasó? Pero nadie o muy pocos culpan a su propia indiferencia, a su escepticismo, a no haber ofrecido sus manos y su actividad a los grupos de ciudadanos que, precisamente para evitar ese mal, combatían, proponiéndose procurar un bien.

La mayoría de ellos, sin embargo, pasados los acontecimientos, prefiere hablar del fracaso de los ideales, de programas definitivamente en ruinas y de otras lindezas similares. Recomienzan así su rechazo de cualquier responsabilidad. Y no es que ya no vean las cosas

claras, y que a veces no sean capaces de pensar en hermosas soluciones a los problemas más urgentes o que, si bien requieren una gran preparación y tiempo, sin embargo, son igualmente urgentes. Pero estas soluciones resultan bellamente infecundas, y esa contribución a la vida colectiva no está motivada por ninguna luz moral; es producto de la curiosidad intelectual, no de un fuerte sentido de la responsabilidad histórica que quiere a todos activos en la vida, que no admite agnosticismos e indiferencias de ningún género.

Odio a los indiferentes también porque me molesta su lloriqueo de eternos inocentes. Pido cuentas a cada uno de ellos por cómo ha desempeñado el papel que la vida le ha dado y le da todos los días, por lo que ha hecho y sobre todo por lo que no ha hecho. Y siento que puedo ser inexorable, que no tengo que malgastar mi compasión, que no tengo que compartir con ellos mis lágrimas. Soy partisano, vivo, siento en la conciencia viril de los míos latir la actividad de la ciudad futura que están construyendo. Y en ella la cadena social no pesa sobre unos pocos, en ella nada de lo que sucede se debe al azar, a la fatalidad, sino a la obra inteligente de los ciudadanos. En ella no hay nadie mirando por la ventana mientras unos pocos se sacrifican, se desangran en el sacrificio; y el que aún hoy está en la ventana, al acecho, quiere sacar provecho de lo poco bueno que las actividades de los pocos procuran, y desahoga su desilusión vituperando al sacrificado, al desangrado, porque ha fallado en su intento.

Vivo, soy partisano. Por eso odio a los que no toman partido, por eso odio a los indiferentes.

11 de febrero de 1917

Políticos ineptos [Una verdad que parece una paradoja]

La actividad científica es una cuestión que implica un esfuerzo fantástico; quien es incapaz de construir hipótesis nunca será un científico. También en la actividad política hay una gran parte para la imaginación; pero en la actividad política, la hipótesis no es de hechos inertes, de materia opaca a la vida; la imaginación en política tiene como elementos a los hombres, a la sociedad de los hombres, al dolor, a los afectos, a las necesidades de la vida de los hombres. Si un científico se equivoca en su hipótesis, no es tan grave, después de todo: se pierde una cierta cantidad de riqueza, *de cosas*: una solución se precipita, un globo se revienta. Si el hombre político se equivoca en su hipótesis, es la vida de los hombres la que corre peligro, es el hambre, es la rebelión, es la revolución para no morirse de hambre. En la vida política, la actividad de la imaginación debe estar iluminada por una fuerza moral: la simpatía humana; y queda ensombrecida por el diletantismo, igual que entre los científicos. El diletantismo que en este caso es falta de profundidad espiritual, falta de sensibilidad, falta de simpatía humana. Porque si se miden adecuadamente las necesidades de los hombres de una ciudad, de una región, de una nación, es necesario sentir esas necesidades; es necesario poder representar concretamente en la imaginación a esos hombres mientras viven, mientras trabajan a diario, representar su sufrimiento, sus dolores, los dolores de la vida que se ven obligados a vivir. Si no se posee ese poder de dramatización de la vida, no se pueden intuir las medidas generales y particulares que armonicen las necesidades de la vida con la disponibilidad del Estado. Si se desarrolla una acción en la vida, hay que saber prever la reacción que despertará, las repercusiones que tendrá. Un hombre político es grande en la medida de su poder de predicción: un partido político es fuerte en la medida de la cantidad de hombres con esa fuerza de los que dispone.

En Italia, los partidos de gobierno no pueden tener ninguno de esos hombres: nadie que sea grande, nadie que sea al menos mediocre. Uno de los caracteres italianos, y quizás el más maléfico para la eficiencia de la vida pública de nuestro país, es el definido por la falta de imaginación dramática. Parece una afirmación literariamente paradójica, y de hecho es una observación profundamente realista. Cada medida es un anticipo de la realidad, es una previsión implícita. La toma de medidas es tanto más útil cuanto más se acerque a la realidad. Y para que eso suceda es necesario que el trabajo preparatorio sea completo, que en el trabajo preparatorio no se haya descuidado ninguna hipótesis, y de las infinitas hipótesis posibles se hayan descartado las que no resisten la prueba de la representación dramática. Por lo tanto, las autoridades italianas, el gobierno, las autoridades provinciales, las ciudadanas, hasta ahora no han decretado medidas que no hayan llegado tarde, no han promovido una medida que no haya tenido que ser modificada para ser más pronto o más tarde anulada, porque en lugar de proveer, lo que hacía era recrudecer el malestar. No han conseguido armonizar la realidad, porque han sido incapaces de armonizar antes, en el pensamiento, los elementos de la realidad misma. Ignoran la realidad, ignoran la Italia que está formada por hombres que viven, trabajan, sufren, mueren. Son diletantes: no tienen simpatía alguna por los hombres. Son retóricos llenos de sentimentalismo, no hombres que sienten de manera concreta. Obligan a sufrir innecesariamente al mismo tiempo que se derriten ante himnos alados a la virtud, a la fuerza del sacrificio del ciudadano italiano.

La multitud es ignorada por los hombres del gobierno, por los burócratas provincianos y de las ciudades. La multitud en cuanto compuesta de individuos, no en cuanto pueblo, ídolo de las democracias. Aman el ídolo, hacen sufrir al individuo. Son crueles porque su imaginación no imagina el dolor que la crueldad termina por despertar. No saben cómo imaginar el dolor de los demás, por eso son innecesariamente crueles. Han llevado a cabo la primera acción, la guerra. No han previsto la importancia, la profundidad de los efectos inmediatos y lejanos. Sabían que Italia no produce lo suficiente para su subsistencia. No han previsto que un día faltaría, además de las lentejas, el pan. Cuando se han dado cuenta, ya era demasiado tarde; no importa: todavía podrían proveer, podrían haber distribuido equitativamente el sufrimiento. No han sentido el dolor: han creado el caos, han dejado que los más fuertes se aprovecharan económicamente, han dejado que lo poco que había se desperdigara. Han impuesto que el pan fuera así y así; en cuanto se ha publicado el decreto, las víctimas se han dado cuenta de que estaba mal, ¿por qué no se han dado cuenta los responsables? ¿Por qué no se representaron en el pensamiento a estas víctimas? ¿por qué no se dieron cuenta de que habría víctimas? Predican contra los ricos que tiran las migajas: no sienten que todo ese desperdicio es sufrimiento para los pobres; limitan el horario de uso del gas: no se preocupan por el hecho de que sólo dos horas de gas significa no poder preparar la comida para los que trabajan, para aquellos que tienen que comer para trabajar y trabajar para comer, mientras dos horas de la madrugada son muchas, y por lo tanto inútiles. […][1] porque el maíz no llega a pesar de estar, porque a pesar de tener billetes no se puede comprar la comida porque no hay calderilla, porque las panaderías están cerradas por el toque de queda, porque el niño no quiere tomarse la medicina, que no se puede endulzar porque no hay azúcar, mientras los fabricantes de vermut continúan trabajando. No saben armonizar la realidad molesta con la posibilidad de que haya menos molestias para todos. No piensan que donde hay comida para cincuenta, pueden vivir cien si se armonizan las necesidades: […].[2]

3 de abril de 1917

La asistencia es un derecho, no un regalo [Hospitalidad]

Italia es el país tradicional de la hospitalidad. Todos los italianos tienen el corazón más grande que la catedral. Lloran y se enternecen ante los espectáculos piadosos, no rechazan el óbolo de una «buena palabra» a ninguna miseria. Pero el espíritu evangélico no ha sabido transformarse en la forma moderna de la solidaridad y de la organización altruista y civil. Se ha mantenido como pura exterioridad, inútil y aburrida coreografía. Las instituciones de solidaridad social, alimentadas con el dinero de los contribuyentes, que no son más que feudos clericales. Los hospitales, que deben ser la forma concreta y orgánica de la piedad colectiva, se dejan a merced de irresponsables, que con su espíritu partidista e intolerante tratan de aplastar los fines simplemente humanos de la institución que tienen a su cargo.

Recibimos cartas desgarradoras escritas por enfermos que al ir a un hospital han creído que encontrarían descanso y tranquilidad. Obligados por la enfermedad a abandonar el trabajo, conscientes del peligro que pueden representar para la salud pública, han creído que el hospital era realmente la casa de los enfermos, que en el hospital no se pide al enfermo que olvide su pasada actividad de ciudadano, que en él sólo se ve al enfermo que necesita la ayuda colectiva. Han creído que los médicos eran sólo sanitarios desinteresados que desempeñaban su deber profesional como se habían comprometido ante quienes les pagan. Que las enfermeras eran mujeres que frente a su deber se olvidan del vestido que llevan para desempeñar el oficio que han elegido libremente. En cambio… La enfermedad es la última preocupación de médicos y enfermeras. Se trata de *curar* la conciencia más que el cuerpo. Las ideas antes que el físico. El enfermo no ingresa en un hospital, entra en un convento. Se intenta el chantaje. El enfermo no puede leer los periódicos que les gustan a los «superiores». Agotado su sistema nervioso, está expuesto a un sinfín de insinuaciones, de pequeñas reprobaciones, que le amargan los largos días de inactividad. Ciertas enfermedades consumen la carne y la sangre, pero le dan al cerebro una lucidez fantástica, malsana. El paciente adquiere una sensibilidad espasmódica. Sufre todas las torturas de su miseria. Y el personal pasa de largo por su lado, frío, rígido, haciéndole sentir aún más grande su miseria. No hay que quejarse, no hay que preguntar nada. La asistencia, que es un derecho, se convierte en un regalo, una obra humillante de caridad, que puede hacerse y puede no hacerse. Y nadie lo comprueba, y nadie obliga a los empleados a cumplir con su deber, al menos con su deber burocrático, aunque no quieran vestirlo de cortesía y humanidad. Y el dinero que los contribuyentes gastan en salud pública por el sentido del deber de solidaridad con los necesitados, se pierde en una actividad malévola, persecutora de individuos e ideas. Y ningún organismo responsable ofrece control, ni se decide liberar a determinadas entidades de personas indignas que no tienen sentido alguno de la responsabilidad, y no dudan en echar a la calle a los necesitados que no han cometido ningún error, salvo tener ideas, salvo haber dado su actividad a la organización proletaria.

Pero la coreografía se mantiene. El hospital es el organismo concreto de la hospitalidad a los enfermos, pero aún no se ha convertido en una institución democrática, con los fines que son sólo los suyos intrínsecos. Es la hospitalidad inútil, que corresponde a la lagrimita, a la exclamación piadosa, y no tiene ningún carácter de continuidad, de solidaridad civil.

7 de enero de 1918

Los obreros de la FIAT [Los hombres de carne y hueso]

Los obreros de la FIAT han vuelto al trabajo. ¿Traición? ¿Reniegan de los ideales revolucionarios? Los obreros de la FIAT son hombres de carne y hueso. Han resistido durante un mes. Sabían que luchaban y resistían no sólo por ellos mismos, no sólo por la masa restante de los obreros de Turín, sino por toda la clase obrera italiana.

Han resistido durante un mes. Estaban agotados físicamente porque durante muchas semanas y muchos meses sus salarios han sido reducidos y ya no eran suficientes para mantener a la familia, pero aún así han resistido durante un mes. Estaban completamente aislados de la nación, sumidos en un ambiente general de cansancio, de indiferencia, de hostilidad, pero aún así han resistido durante un mes.

Sabían que no podían esperar ayuda alguna del exterior: sabían que ahora la clase obrera italiana había cortado los tendones, sabían que estaban condenados a la derrota, pero aún así han resistido durante un mes. No hay vergüenza en la derrota de los trabajadores de la FIAT. No se puede pedir a una masa de hombres que es agredida por las más duras necesidades de la existencia, que tiene la responsabilidad de la existencia de una población de 40 000 personas, no se puede pedir más de lo que han dado estos compañeros que han vuelto al trabajo, con tristeza, con los corazones rotos, conscientes de la inmediata imposibilidad de resistir más o de reaccionar.

Sobre todo nosotros, los comunistas, que vivimos codo con codo con los obreros, que conocemos las necesidades, que tenemos una visión realista de la situación, debemos entender la razón de esta conclusión de la lucha turinesa.

Hace muchos años que lucha la masa, hace muchos años que se agotan en pequeñas acciones, malgastando sus recursos y sus energías. Éste ha sido el reproche que desde mayo de 1919, nosotros, los de *Ordine Nuovo*, hemos comunicado constantemente a las centrales del movimiento obrero y socialista: no abusar demasiado de la resistencia y de la virtud de sacrificio del proletariado; se trata de hombres comunes, hombres reales, sujetos a las mismas debilidades comunes de todos los hombres comunes que se pueden ver en las calles, bebiendo en las tabernas, hablando en grupos en las plazas, que tienen hambre y frío, que se conmueven al oír llorar a sus hijos y al oír a sus mujeres lamentarse amargamente.

Nuestro optimismo revolucionario siempre se ha fundamentado en esa visión crudamente pesimista de la realidad humana con la que inexorablemente hay que pasar cuentas. […] Hace ya un año que habíamos previsto que el resultado sería fatal para la situación italiana, si los dirigentes responsables continuaban con su táctica de cacareos revolucionarios y sus prácticas oportunistas. Y hemos luchado desesperadamente para devolver a estos líderes una visión más real, una práctica más adecuada y más apropiada para el curso de los acontecimientos.

Hoy sufrimos las consecuencias, también nosotros, de la ineptitud y la ceguera de los otros; hoy también el proletariado turinés tiene que soportar el embate del adversario, fortalecido por la no resistencia de los otros. No hay ninguna vergüenza en la rendición de los trabajadores de la FIAT. Aquello que debía ocurrir, ha ocurrido implacablemente. La clase obrera italiana ha sido aplastada bajo la apisonadora de la reacción capitalista. ¿Por cuánto tiempo? Nada se pierde si se mantiene intacta la conciencia y la fe, si se rinden los cuerpos pero no las almas.

Los trabajadores de la FIAT han luchado enérgicamente durante años y años, se han

bañado las calles con su sangre, han sufrido hambre y frío; siguen estando, por ese glorioso pasado, a la vanguardia del proletariado italiano, siguen siendo soldados leales y devotos de la revolución. Han hecho cuanto se les da hacer a los hombres de carne y hueso; quitémonos el sombrero ante su humillación, porque en ella hay algo más grande que se impone a los sinceros y a los honestos.

La política y los políticos

Ideas para el futuro [Márgenes]

1.

EL esfuerzo realizado para conquistar una verdad hace aparecer un poco como propia la verdad misma, incluso si en su nueva enunciación no se ha añadido nada realmente propio, ni se ha dado siquiera una ligera coloración personal. Es por eso que a menudo se plagia a los demás inconscientemente, y se desilusiona uno por la frialdad con la que se acogen declaraciones que se estimaban capaces de sacudir, de entusiasmar. Amigo mío, nos repetimos desconsoladamente, el tuyo era el huevo de Colón. Bueno, no me importa ser el descubridor del huevo de Colón. Prefiero repetir una verdad ya conocida que devanarme la inteligencia para fabricar paradojas brillantes, ingeniosos juegos de palabras y acrobacias verbales que hagan sonreír pero no pensar.

La jardinera plebeya es siempre la sopa más nutritiva y más apetitosa precisamente porque está preparada con las legumbres más comunes. Me gusta ver cómo es engullida a grandes cucharadas por hombres fuertes y ricos en jugos gástricos que llevan en la fuerza de su voluntad y de sus músculos el porvenir. La verdad más trillada nunca se ha repetido lo suficiente como para que se vuelva máxima y estímulo para la acción de todos los hombres.

2.

Cuando discutas con un adversario, trata de ponerte en sus zapatos. Lo comprenderás mejor y tal vez acabarás concediéndole un poco, o mucho, de razón. He seguido este consejo de sabios durante algún tiempo. Pero los zapatos de mis oponentes estaban tan sucios que he concluido: es mejor ser injusto algunas veces que experimentar de nuevo este asco que me provoca el desmayo.

3.

La deserción del socialismo de muchos de los llamados intelectuales (a propósito: ¿intelectual siempre significa inteligente?) se ha convertido para los tontos en la mejor evidencia de la pobreza moral de nuestra idea. El hecho es que fenómenos similares han ocurrido y ocurren con el positivismo, el nacionalismo, el futurismo y todos los otros ismos. Son los que provocan las crisis, los individuos de almas minúsculas siempre en busca de un ancla, que se lanzan sobre la primera idea que se presenta con la apariencia de poder convertirse en un ideal y se alimentan de ella mientras dura el esfuerzo que invierten en apoderarse de ella. Cuando llegan al final del esfuerzo y se dan cuenta (pero esto es efecto de la poca profundidad espiritual, del poco ingenio, después de todo) de que esa idea

no es suficiente para todo, de que hay problemas cuya solución (si es que existe) está fuera de esa ideología (pero tal vez está unida a ella en un plano superior), se lanzan sobre otra cosa que sea una verdad, que represente aún una incógnita y, por lo tanto, presente probabilidades de nuevas satisfacciones. Los hombres siempre buscan fuera de sí mismos la razón de sus propios fracasos espirituales; no quieren convencerse de que la causa es siempre y sólo su alma pequeña, su falta de carácter e inteligencia. Existen los diletantes de la fe, así como los del conocimiento.

Eso en la mejor de las hipótesis. Para muchos, la crisis de conciencia no es más que una factura vencida o el deseo de abrir una cuenta corriente.

4.

Se dice que en Italia se encuentra el peor socialismo de Europa. Ojalá fuera así: Italia tendría el socialismo que se merece.

5.

El progreso no consiste en otra cosa que en la participación de un número cada vez mayor de individuos en un bien. El egoísmo es el colectivismo de los apetitos y de las necesidades de un individuo: el colectivismo es el egoísmo de todos los proletarios del mundo. Los proletarios no son verdaderos altruistas en el significado que los humanitarios cortos de entendederas le han dado a esa palabra. Pero el egoísmo del proletariado se ve ennoblecido por la conciencia que el proletariado posee de no poderlo satisfacer totalmente sin que lo hayan satisfecho al mismo tiempo todos los demás individuos de su misma clase. Y por eso, el egoísmo proletario crea inmediatamente la solidaridad de clase.

6.

Se ha dicho, el socialismo ha muerto en el mismo momento en que se ha demostrado que la sociedad del futuro que los socialistas decían estar creando era sólo un mito bueno para la multitud. También yo creo que el mito se ha disuelto en la nada. Sin embargo, su disolución era necesaria. El mito se había formado cuando todavía estaba viva la superstición científica, cuando había una fe ciega en todo lo que fuera acompañado del atributo *científico*. El logro de esta sociedad modelo era un postulado de positivismo filosófico, de la filosofía *científica*. Pero esta concepción no era científica, era sólo mecánica, áridamente mecánica. Ha quedado su recuerdo descolorido en el reformismo teórico (pero también la «Crítica social» ya no se llama así: *Revista del socialismo científico*) de Claudio Treves, un juguete del fatalismo positivista cuyos determinantes son energías sociales abstraídas por el hombre y la voluntad, incomprensibles y absurdas: una forma de misticismo árido, sin pasión ni dolor. Ésa era una visión libresca, una visión de papel, de la vida: se ve la unidad, el efecto, no se ve lo múltiple, el hombre de cuya unidad es la síntesis. La vida es para ellos como una avalancha que se observa desde la distancia, en su irresistible caída. ¿Puedo yo detenerla?, se pregunta el homúnculo: no, porque no sigue una voluntad. Porque la avalancha humana obedece a una lógica que caso por caso puede no ser la mía individual, y yo como individuo no tengo la fuerza para detenerla ni

desviarla, me convenzo de que no tiene una lógica interna, sino que obedece a las leyes *naturales* inviolables.

Ha llegado la *debacle* de la ciencia o, mejor dicho, la ciencia se ha limitado a cumplir la tarea que le fue encomendada; se ha perdido la confianza ciega en sus deducciones y así ha caído el mito que había contribuido poderosamente a originar. Pero el proletariado se ha renovado: ninguna desilusión puede agotar su convicción, como ninguna helada destruye del todo el brote repleto de jugos vitales. Ha reflexionado sobre sus propias fuerzas y sobre cuánta fuerza es necesaria para lograr sus objetivos. Se ha dignificado en la conciencia de las cada vez mayores dificultades que ve ahora, en el propósito de los cada vez mayores sacrificios que siente el deber de hacer. Ha llegado un proceso de internalización: se ha transportado desde el exterior hacia el interior del factor de la historia: a un período de expansión le sucede siempre uno de intensificación. La *ley natural*, el fatal *curso de las cosas* de los pseudocientíficos han sido reemplazados: *la voluntad tenaz del hombre*.

El socialismo no ha muerto, porque no han muerto los hombres de buena voluntad.

7.

Se burlaron, y hasta aún hoy se burlan, del valor *número*, que sería sólo un valor democrático, no revolucionario: la papeleta electoral, no la barricada. Pero el *número*, la *masa*, ha servido para crear un nuevo mito: el mito de la universalidad, el mito de la marea que sube irresistible y ruidosa y derrumbará la ciudad burguesa cimentada en los puntales de ese privilegio. El número, la masa (muchos en Alemania, Francia, Estados Unidos, Italia… que cada año van creciendo, creciendo…) ha consolidado la convicción de que cada individuo tiene que participar en algo grandioso que está madurando y del cual cada nación, cada partido, cada sección, cada grupo, cada individuo es una molécula que recibe y devuelve la savia que al circular por el cuerpo enriquece el complejo del cuerpo socialista mundial. Los millones de infusorios que nadan en el Océano Pacífico construyen infinitos arrecifes de coral bajo el nivel del agua: un terremoto saca los arrecifes a la superficie y se forma un nuevo continente. Los millones de socialistas dispersos en la inmensidad del mundo también trabajan en la construcción de un nuevo continente: y el terremoto […].[3]

8.

Es más fácil convencer a los que nunca han participado en la vida política que a los que han pertenecido a un partido ya formado y rico en tradiciones. La fuerza que la tradición ejerce sobre el alma de las personas es inmensa. Un clerical, un liberal que se vuelve socialista, son otras tantas cajas de sorpresas que pueden estallar en cualquier momento con efectos letales para nuestra unidad. Las almas vírgenes de los hombres de campo, cuando se convencen de una verdad, se sacrifican por ella, hacen todo lo posible para ponerla en práctica. Aquel que se ha convertido siempre es un relativista. Ha experimentado una vez en sí mismo lo fácil que es equivocarse en la elección de su propio camino. Por tanto, le queda un fondo de escepticismo. Los que son escépticos no tienen el valor necesario para la acción.

Yo prefiero que el movimiento se acerque a un campesino más que a un profesor universitario. Sólo que el agricultor debe tratar de obtener una gran experiencia y una gran

amplitud de la mente como la que puede tener un profesor de universidad, para que su acción no sea estéril y para que su sacrificio sea posible.

9.

Acelerar el porvenir. Ésta es la necesidad más sentida por la masa socialista. Pero ¿cuál es el porvenir? ¿Existe como algo realmente concreto? El porvenir no es exponer en el futuro la voluntad de hoy como si ya se hubiera modificado el entorno social. Por lo tanto, acelerar el porvenir significa dos cosas. Conseguir extender esta voluntad a un número tal de hombres necesario para hacer fructificar la propia voluntad. Y esto sería un progreso cuantitativo. O conseguir que esa voluntad sea tan intensa en la minoría actual que se haga posible la ecuación: 1 = 1 000 000. Y esto sería un progreso cualitativo. Incendiar la propia alma y hacer saltar miríadas de chispas. Así que es necesario […][4] Esperar hasta ser la mitad más uno es el programa de las almas tímidas que esperan que el socialismo llegue por un real decreto firmado por dos ministros.

11 de febrero de 1917

Todo está bien [Ilusionistas e ilusos]

Cuántos ilusionistas en este mundo:

Ilusionistas los diplomáticos que, sólo porque se dan grandes aires, dan a entender que hacen grandes cosas.

Ilusionistas los políticos que, como cantaba Fígaro, fingen ignorar lo que saben y saber lo que ignoran, se encierran con dobles puertas para meditar sobre el periódico, fingen ser profundos cuando están vacíos, pagan a los traidores o interceptan las cartas, y luego tratan de ocultar la bajeza de los medios bajo la nobleza de los propósitos.

Ilusionistas los estrategas de salón y redacción, que se llaman a sí mimos soldados y siempre han vivido lejos del frente.

Ilusionistas los censores del gobierno, que creen que suprimen los hechos porque cambian su expresión.

Ilusionistas los que nos llenan la cabeza, que claman que todo está bien, incluso cuando los negocios van mal.

Ilusionistas los mercaderes del chovinismo, que se baten heroicamente en las trincheras de la retaguardia más segura y luego dicen *nosotros* cuando hablan de verdaderos soldados.

Ilusionistas los demócratas reaccionarios, que creen suprimir la acción socialista con un decreto ley y se asemejan a aquel mentecato que se ilusionaba con castigar al mar azotándolo.

[Pero si en el escenario se reúne una multitud de ilusionistas, en el patio de butacas los ilusos disminuyen. Y la galería socialista sonríe.]

13 de octubre de 1917

Ninguna tolerancia para el despropósito [Intransigencia-tolerancia, Intolerancia-transigencia]

Intransigencia es no permitir que se adopten medidas —para alcanzar un fin— no adecuadas al fin y de una naturaleza diferente al fin.

La intransigencia es el predicado necesario del carácter. Es la única prueba de que un determinado colectivo existe como un organismo social vivo, que tiene un objetivo, una voluntad única, una madurez de pensamiento. Porque la intransigencia requiere que cada parte singular sea coherente en el todo, que cada momento de la vida social sea armónicamente preestablecido, que todo haya sido pensado. Requiere que existan los principios generales, claros y distintos, y que todo lo que se necesita dependa de ellos.

Para que, entonces, un organismo social pueda ser disciplinado intransigentemente, es necesario que tenga una voluntad (un fin) y que el fin tenga una razón, que sea un fin verdadero, y no un fin ilusorio. No es suficiente: es necesario que desde la racionalidad del fin sean persuadidos todos los componentes individuales del organismo, para que nadie pueda rechazar la observancia de la disciplina, para que los que quieren hacer observar la disciplina puedan solicitar esa observancia como cumplimiento de una obligación libremente contratada, o más bien como una obligación de establecer lo que el mismo recalcitrante ha favorecido.

De estas primeras observaciones resulta que la intransigencia en la acción tenga por su supuesto natural y necesario la tolerancia en la discusión que precede a la deliberación.

Las deliberaciones deben establecerse colectivamente de acuerdo con la razón. ¿La razón puede ser interpretada por un colectivo? Ciertamente, un individuo *único* delibera mucho más rápido (para encontrar la razón, la verdad) que un colectivo. Porque el individuo *único* puede ser elegido entre los más capaces, entre los mejor preparados para interpretar la razón, mientras que el colectivo se compone de elementos diferentes, preparados en diferentes grados para entender la verdad, para desarrollar la lógica de un fin, para observar las diferentes etapas a través de las que uno debe pasar para alcanzar el fin mismo. Todo esto es cierto, pero también es cierto que el individuo *único* puede convertirse o ser visto como un tirano, y la disciplina por él impuesta puede desmoronarse porque el colectivo se niega o no puede entender la utilidad de la acción, mientras que la disciplina establecida por el propio colectivo a sus componentes, aunque de aplicación lenta, difícilmente falla en su ejecución.

Los miembros del colectivo, por lo tanto, deben llegar a un acuerdo entre ellos, discutir entre ellos. Deben, a través del debate, llegar a una fusión de las almas y de las voluntades. Los elementos individuales de la verdad que cada uno puede aportar, deben sintetizarse en la compleja *verdad* y ser la expresión integral de la razón. Para que esto suceda, para que el debate sea amplio y sincero, se necesita la máxima tolerancia. Cada uno debe estar convencido de que ésa es la verdad y de que, por lo tanto, su ejecución es absolutamente necesaria. En el momento de la acción, todos deben estar de acuerdo y ser solidarios, ya que en el fluir de la discusión se ha ido conformando un acuerdo tácito, y todos se han hecho responsables del fracaso. Se puede ser intransigente en la acción sólo si en la discusión se ha sido tolerante, y si los más preparados han ayudado a los menos preparados a acoger la verdad, y las experiencias individuales han sido puestas en común, y todos los aspectos del problema han sido examinados, y no se ha creado ilusión alguna. [Los hombres están dispuestos a obrar cuando están convencidos de que nada se les ha ocultado, que ninguna ilusión, ya sea voluntaria o involuntariamente, ha sido creada. Que si deben sacrificarse, deben saber antes que el sacrificio puede ser necesario. Si se les ha dicho que la acción resultaría un éxito, es que se había hecho el cálculo exacto de la

probabilidad de éxito y de fracaso, y la de éxito había sido mayor; si se les ha dicho que sería un fracaso, es que la probabilidad de fracaso surgía de la crítica —puesta en común, sin subterfugios, sin coacción ni prisas ni chantaje moral— en mayor número.] Por supuesto, esta tolerancia —método de discusión entre hombres que fundamentalmente están de acuerdo, y deben encontrar una coherencia entre los principios comunes y la acción que tendrán que desarrollar en común— no tiene nada que ver con la tolerancia, entendida vulgarmente. Ninguna tolerancia para el error, para el despropósito. Cuando se está convencido de que uno está equivocado —y se huye de la discusión, se niega a discutir y a tratar de hacerlo, diciendo que toda persona tiene derecho a pensar lo que quiera—, no se puede ser tolerante. La libertad de pensamiento no significa libertad para equivocarse y cometer despropósitos. Sólo estamos en contra de la intolerancia como resultado del autoritarismo o de la idolatría, porque impide los acuerdos duraderos, porque impide el establecimiento de normas de acción obligatorias moralmente porque para establecerlas todos han participado libremente. Porque esta forma de intolerancia conduce necesariamente a la transigencia, a la incertidumbre, a la disolución de los organismos sociales.

[Quien no ha podido convencerse de una verdad, quien no ha sido liberado por una falsa imagen, quien no ha sido ayudado a comprender la necesidad de una acción, desertará al primer choque brusco con sus deberes, y la disciplina sufrirá el efecto y la acción desembocará en fracaso.]

Por eso hemos hecho esta aproximación: intransigencia-tolerancia, intolerancia-transigencia.

La educación y la familia

Los privilegios de la escuela privada [Por la libertad de la escuela y por la libertad de ser unos burros]

A MENUDO los clericales hablan de buena gana de la libertad de la escuela. Pero no se engañen los lectores. La palabra libertad en su boca adquiere un significado sólo suyo que no coincide con el concepto de libertad que puedan tener los hombres pensantes que no son clericales. Para los clericales, la libertad de la escuela significa específicamente libertad de ser burros con el disfrute de todos los derechos que les son reconocidos a los que han estudiado. Ésta es la fórmula: «Por la libertad de la escuela», una hermosa bandera que cubre, o debería cubrir, una lucrativa especulación económica y sectaria.

Las escuelas privadas clericales prosperan en Italia. Ninguna ley frena su desarrollo y su libre explicación. Pueden hacer la competencia que quieran a la escuela del Estado. Si son mejores, se les da a los asistentes una mejor educación que la que se puede encontrar en las escuelas públicas, pueden multiplicarse indefinidamente, pueden cobrar los honorarios que quieran. El Estado reconoce el derecho de comprar el producto «educación» donde se quiera.

Sin embargo, el producto «educación» vale poco en Italia, a pesar de lo que cuesta. Lo que vale es el producto «título», que en cambio cuesta muy poco. Y aquí comienzan los dolores clericales. El Estado tiene puesto un anuncio pidiendo el producto «título». Quien tiene «títulos» de estudio se los vende especialmente al Estado, que los compra con los ojos cerrados, por su valor real, pero quiere reservarse el mayor control absoluto de su origen. El Estado, en definitiva, siempre está dispuesto a comprar títulos de estudio, pero pretende que sean expedidos por una de sus instituciones acreditadas.

Hemos utilizado un lenguaje económico sólo para resaltar el hecho de que la cuestión por la que se agitan los clericales es puramente económica. Querrían vender al Estado toda la mercancía dañada que pudieran. Querrían conquistar una libertad que sería sólo un privilegio para ellos, un privilegio para los estudiantes que asisten a sus escuelas, en detrimento del colectivo. No se contentan con usar el dinero que pasa a través del control de los organismos gubernamentales y es reconocido como moneda de curso legal; también querrían usar moneda falsa, mucha moneda falsa, inundar todo el mercado italiano, y tienen la pretensión de que el Estado también le dé a esa moneda falsa un curso legal, la acredite en las administraciones privadas, que todavía tienen la costumbre de servir sólo a los valores del Estado. A esta siniestra especulación fraudulenta los clérigos la llaman «libertad de la escuela».

El consejo directivo de la Unión Pro Escuela Libre ha publicado estos días en un periódico del *trust* católico una carta abierta al ministro Ruffini con la que intenta iniciar un nuevo y definitivo abordaje a la tartana del Estado. El estado de guerra ha dado una apariencia justificativa a muchas medidas minervinas, que han menoscabado aún más de lo normal la seriedad de la escuela. Los clérigos quieren aprovechar el período de cosecha general para conquistar de una manera definitiva aquellas concesiones que la ignorancia ministerial ha dado en circunstancias excepcionales. El Ministerio ha abolido todo control eficaz sobre la asignación de títulos académicos. Pero mañana la opinión pública impondrá

de nuevo el control: las escuelas públicas, como tales, están potencialmente siempre bajo el control público, su administración puede ser modificada en función de las corrientes más serias de la vida nacional. Es un mal, verdadero y gravísimo, que durante dos años haya sido posible en las escuelas un régimen de Jauja, que los méritos de guerra hayan reemplazado a los méritos académicos, y la economía general se resentirá dolorosamente por ello.

Pero esto es un mal que no está en los principios: está en los hombres que se han ido sucediendo en el poder. Los clericales querrían perpetuar este mal, para cristalizarlo en rédito para sus propias instituciones económicas.

En los dos últimos años han conseguido que los alumnos de los institutos clericales pudieran elegir la sede de los exámenes. Nadie conseguirá nunca justificar, con el estado de guerra, semejante concesión. Nadie conseguirá nunca justificar que es más conveniente en términos «económicos» que el estudiante vaya a examinarse fuera de la residencia donde ha estudiado. Pero los ministros Credaro y Grippo lo han permitido.

Han permitido que los clericales enviaran a sus estudiantes a hacer los exámenes en aquellas sedes en las que era fácil aprobar, donde los examinadores estaban vinculados a los examinados por lazos de intereses políticos y sectarios, donde los examinadores podían ser corruptos. La carta abierta le pide al ministro Ruffini que este año se mantenga dicha concesión, se lamenta de que el ministro no se haya dignado a responder a una instancia privada en este sentido, pide que la concesión no sólo se mantenga este año, sino que se convierta en un derecho. Así, para los jóvenes acomodados, que no han estudiado, será posible tal vez ir desde Turín a Calabria en busca del examinador que los aprueben aunque no tengan los suficientes conocimientos, mientras que otro joven, si quiere aprobar en las escuelas de Turín, debe estudiar, debe sacrificarse y, a pesar de haber hecho todo el trabajo necesario, puede ser descabalgado por el otro, cuya familia se las arreglará para tener al doctor y mantener al burro.

¿Hará el ministro Ruffini oídos sordos frente a la carta abierta, como lo ha hecho frente a la instancia privada? ¿Los intereses de la escuela conseguirán salir de la ciénaga del marasmo político? La opinión pública debería obligarlo a hacerlo. El colectivo tiene interés en que la escuela sirva para formar a hombres capaces, realmente preparados para desempeñar una labor útil para todos, y no que sea una distribuidora de títulos a precios de ganga. La carta abierta de los clericales es un tejido de capciosas deformaciones de la realidad escolar. Es necesario que el colectivo, que se exprime la sangre de sus venas para pagar una burocracia pletórica y ociosa, mantenga todas las posibilidades de control sobre la asignación de los títulos académicos, que, generosamente otorgados a los ineptos, sólo sirven para aumentar el malestar de la vida pública, para crear capas de burocracia pleonástica, que viven parasitariamente de la productividad de los trabajadores.

13 de abril de 1917

Mujeres, caballeros y amores [Caracteres italianos]

Leed uno o mil libros de prosa artística, escritos por los italianos: novelas, cuentos, comedias, dramas. Si, haciendo caso omiso por un momento del problema puramente artístico, buscáis el mundo espiritual que impregna la conciencia de los escritores y que más interesa al público lector, tendréis que llegar a la conclusión de que los italianos inteligentes, los que escriben y los que leen, no se preocupan más que de una sola cosa: la

relación entre los dos sexos. La sexualidad forma todo el mundo fantástico épico-lírico de los italianos. Ser original significa ser capaz de encontrar una nueva solución a un problema psicológico, cuyos términos son siempre los mismos: el amor, la pasión, el adulterio. La gama de tonalidades palidece en la más plana pornografía, o dibuja las estrellas del más empalagoso de los claros de luna sentimentales. Los héroes son: el joven gentilhombre decadente, elegantemente vicioso, la *cocotte* llena de vitalidad, la chica que se debate entre las costumbres tradicionales y la emancipación, la mujer que no encuentra suficiente satisfacción en el abrazo matrimonial y así sucesivamente. Si los italianos no quieren aburrir a los lectores, tienen que escribir sobre mujeres, caballeros y amores (las armas están prohibidas y restringidas a los enviados especiales). La literatura es un círculo cerrado, infectado. Leyendo estos libros parece que Italia sea un inmenso serrallo de mandriles en celo que pretenden ser sentimentales, cuando el sentimentalismo es la forma más fácil para alcanzar la meta deseada. Todas las demás actividades de la vida que no sean las actividades amorosas, parece que no existan, son consideradas actividades inferiores por la Arcadia artística que ha establecido un patrón exterior de perfección. Toda la vida moderna, vibrante de fervor por el trabajo, rica en dramas espirituales por la lucha de clases, por el choque de intereses antagónicos, no se convierte en el contenido artístico a excepción de una figura excepcional, los filibusteros de las carteras, o los aún más filibusteros de las alcobas. Existe un desequilibrio en la actividad que es el resultado de la vida superficial de la realidad y revierte en ésta un nuevo producto de superficialidad, de ligereza, de vacío retórico. Por eso en Italia no son muy populares la literatura inglesa y la alemana ni la literatura popular francesa. La literatura alemana es confusa, como se suele decir. La literatura inglesa es cómica, porque en el cincuenta por ciento de los libros ingleses se prescinde del amor totalmente y en el otro cincuenta no domina en absoluto, negrero incontrolado y aceptado con una sonrisa como en los libros italianos.

En una novela inglesa moderna, llena de energía y de vitalidad artística, fluida e interesante para los espíritus sanos y serenos más que todas las obras maestras de Guido da Verona y de Luciano Zuccoli, es asumida como un motivo dramático… la derrota del mercachifle mundo pequeñoburgués. A un italiano le parece que es como beberse un gran vaso de absenta después de haberse llenado la boca, la garganta y el estómago con todas las golosinas azucaradas de una confitería de moda. En la sustanciosa densidad de la novela (*La historia de Mr. Polly*, de H. G. Wells) se encuentra incluso un núcleo doctrinal aún más sustancioso:

Una sociedad cuya complejidad crece rápidamente y que, en general, se niega a considerar el futuro o a resolver los graves problemas de su organización, es como un hombre que no tuviera en cuenta dieta o régimen alguno, que se abstuviera de lavarse y hacer ejercicio y diera rienda suelta a todos sus apetitos. Una sociedad así acumula existencias inútiles y sin objetivos, como un hombre acumula en su sangre alimentos adiposos y malsanos; una sociedad así pierde virtud y capacidad, al mismo tiempo que secreta malestar y miseria. Cada etapa de su evolución se acompaña de un máximo de tormento y de conflictos que podrían haberse evitado con facilidad, y de una pérdida inútil de unidades humanas… Nada podría demostrar mejor la urgencia de un vigoroso renacimiento intelectual para combatir la inercia general de nuestra comunidad que la presencia, en el seno de ésta, de esta multitud enorme de cerebros inútiles, miserables, ignorantes, incultos y, por otra parte, todos dignos de compasión, que se ha convenido en señalar bajo la definición incorrecta y que se presta a una falsa interpretación de «clase media baja». Se puede decir que una gran proporción de la unidad de esta clase está

formada por los inutilizados, que no inutilizables, si bien en virtud de unos ahorrillos, de economías provenientes de salarios anteriores, de pólizas de seguro o de cualquier otro capital, no están obligados a apelar directamente a la ayuda concedida a la indigencia pública. Los pequeños comerciantes, por ejemplo, son, en su mayoría, antiguos obreros que, sea por incompetencia, por falta de educación o simplemente por falta de aspiraciones, sea por el perfeccionamiento de las artes mecánicas o por los cambios en la industria, se vieron despojados de sus puestos de trabajo y empezaron una empresa que nadie pedía, únicamente para suplir la insuficiencia de sus ingresos. Ahora, su tienda apenas cubre el 60 o el 70 por ciento de sus gastos, y cubren el resto con su capital, de manera que va reduciéndose. Son vidas mermadas, si no en el trágico modo del obrero que sucumbe a la fatiga, agotado por los esfuerzos y las privaciones, sí al menos de una manera lenta, con la constante acumulación de pequeñas pérdidas sucesivas, que ciertamente conducen a los hombres a la tumba: sólo aquellos que poseen un capital importante mueren en la miseria antes de conocer la ruina y la indigencia. Tienen menos probabilidades de tener éxito con su negocio que de ganar el primer premio de cualquier lotería con un solo un billete.

Cada año que pasa ve desfilar el mismo lamentable cortejo de quiebras mezquinas y de detenciones por deudas, sin que, entre nosotros, llegue ninguna sanción legal apta para frenar el movimiento. No hay un ejemplar de periódico económico que no contenga cuatro a cinco columnas, abreviadas, de anuncios de quiebras; ahora, cada anuncio, o casi, representa a una nueva familia arruinada, que recaerá en brazos de la comunidad y vivirá a expensas de ésta. Y, de nuevo, confluyen en la misma multitud de artesanos y obreros superfluos, que dejan su puesto con algunos ahorros y que cuentan con la ayuda económica de la familia, de viudas que han cobrado el seguro de vida de sus maridos, de «hijos de papá» ignorantes y jactanciosos del fruto de la paciencia paterna, que se precipitan sobre los negocios abandonados por los perdedores, esos talleres mal construidos y mal surtidos que abundan por todas partes…[5]

Y esta tendencia literaria no es un síntoma pequeño. En verdad, aquellos que sólo se interesan por el vacío están vacíos, quien pone como modelo de la perfección humana la fatuidad sentimental es un fatuo. Éste es un síntoma del desmembramiento que caracteriza la vida italiana, por lo que nunca se logran graduar con exactitud ni los valores humanos ni los valores políticos y sociales. Así, el grito de unos pocos miles de desechos sociales, como son los comerciantes, adquiere más importancia que el sufrimiento de un enorme número de millones de ciudadanos italianos comunes, que son la parte dinámica y creativa de este nuestro desgraciado país.

10 de julio de 1917

Un deber moral [La familia]

Los socialistas a menudo aún son presentados como los enemigos de la familia. Este es uno de los lugares comunes, uno de los prejuicios antisocialistas más arraigados y generalizados, especialmente entre las clases populares que menos conocen nuestras doctrinas, nuestros ideales, porque la fe en la redención de los hombres de la esclavitud económica no ha suscitado la simpatía que es necesaria para comprender, incluso sin estudios, a un movimiento social, y la carencia de toda cultura hace que no conozcan objetivamente lo que se proponen los socialistas, y de qué forma quieren que sean implementadas sus intenciones.

La familia es, en esencia, un organismo moral. Es el primer grupo social que va más allá del individuo, que impone al individuo obligaciones y responsabilidades. Su estructura ha cambiado a lo largo de la historia. En el mundo antiguo incluía, además de padres e hijos, también a los esclavos, a los clientes, a los amigos. Siendo también órgano de defensa y de tutela social, en la familia antigua se reagrupaban en torno a un hombre poderoso y rico no sólo su esposa y sus hijos, sino también todos aquellos que por sí solos eran incapaces de defender y proteger sus intereses jurídicos, económicos y morales y se veían obligados a subordinarse a un poderoso, correspondiéndole con servicios de mayor o menor importancia los beneficios de la seguridad y la libertad personal que recibían.

A medida que a lo largo de la historia fue reforzándose la idea y la institución del Estado, los individuos adquirieron la posibilidad y el derecho a la seguridad y a la libertad, fuera de la institución familiar. La familia se redujo a su núcleo natural, los padres y la prole, pero, más allá de ser órgano de vida moral, sigue siendo un órgano de defensa y tutela biológica y social. En esta doble función residen los defectos de la familia tal como está actualmente constituida. Para nosotros, los socialistas —al menos para aquellos, y son la mayoría, que no sienten *Estadolatría* sin sentido y no creen en absoluto que en el régimen socialista la educación de los hijos deba ser confiada a las instituciones del Estado, impersonales, de funcionamiento burocrático y mecánico—, la familia debe ser reintegrada a su única función moral, de preparación humana, de educación civil. La familia actual no puede cumplir con esta tarea. La principal preocupación de los padres ya no es la de educar, la de enriquecer a la descendencia con los tesoros de la experiencia humana que el pasado nos ha dejado y que el presente sigue acumulando. Es, en cambio, la de proteger el desarrollo fisiológico de la prole, de asegurarle los medios de subsistencia, de asegurarle esos recursos también para el futuro. La propiedad privada ha surgido precisamente por eso. El individuo, al convertirse en propietario, ha resuelto el angustioso problema de proporcionarles una vida segura a sus hijos, a su esposa. Pero la solución que la propiedad privada ha dado a este problema es una solución anti-humana; la seguridad para la prole se convierte en un privilegio de pocos, y nosotros los socialistas queremos que no sea así, que todos los nacidos de madre estén protegidos durante su desarrollo fisiológico y moral, que todos los nacidos de madre sean iguales frente a los peligros, a las dificultades del entorno natural, y que todos tengan las mismas oportunidades para encontrar los medios necesarios para educar la propia inteligencia, para dar a toda la comunidad los frutos máximos del conocimiento, de la investigación científica, de la imaginación que crea la belleza de la poesía, de la escultura, de todas las artes. La abolición de la propiedad privada y su reconversión en propiedad colectiva, por lo tanto, sólo podrá hacerse si la familia es lo que está destinada a ser: órgano de vida moral. En el régimen colectivista, la seguridad y la libertad estarán garantizadas para todos indistintamente: los medios necesarios para la tutela de los niños estarán garantizados para todos. Los padres ya no se sentirán perseguidos por la angustiosa búsqueda del pan para sus hijos, y podrán ejercer en paz su tarea moral de educadores, de transmisores de la antorcha de la civilización de una generación a otra, del pasado al futuro.

¿Los socialistas, los proletarios, enemigos de la familia?

¿O cómo se explicaría la tenacidad del sacrificio del proletario que lucha por la liberación de su clase, si se le quitara el amor, la angustiada preocupación por el futuro de los hijos? El burgués se cansa y se desgasta en pos del enriquecimiento personal para construirse una propiedad que transmitir a sus hijos. Pero su cansancio, el desgaste de su fibra no está iluminado por un ideal universal; está oscurecido por el privilegio que desea

perpetuar, por la exclusión que quiere determinar. El proletario lucha y se desgasta porque quiere dejarle a sus hijos mejores condiciones de existencia y de seguridad colectivas: realiza los sacrificios más dolorosos, lleva a cabo, si es necesario, hasta el sacrificio de la propia vida, porque quiere crear para su prole un futuro de paz y de justicia, en el que encuentren garantizados por igual, sin ningún tipo de exclusión, los medios de subsistencia, de desarrollo intelectual y moral, y que puedan transmitir estos medios, aumentados, a los que vengan tras ellos. ¿Quién ama más a la familia? ¿Quién se preocupa más por su consistencia racional y moral? Y sin embargo, los socialistas seguimos y seguiremos durante un tiempo siendo, para los estúpidos y los ignorantes, los acérrimos enemigos, los traidores más arteros.

La libertad y la ley

Los derechos de los ciudadanos [La cartilla de la libertad]

LA cartilla del pan no es suficiente —sostiene el *Corriere della Sera*—, también es necesario introducir la cartilla de la libertad. Es genial, ¿verdad? Es tan brillante que inmediatamente simpatizamos con la propuesta, haciéndola enseguida concreta. La cartilla podría consistir en una ley que dijera:

Un ciudadano italiano que sea arrestado, no puede estar más de diez días sin que se le comuniquen las causas de su detención, antes de los diez días debe ser llevado ante su juez natural, y recuperará su libertad aunque sea provisional.

La detención preventiva se mantiene sólo para los acusados de delitos graves —cuando las pruebas de culpabilidad sean tales como para que parezca muy probable la condena— y no debe ser prolongada por un período superior a la extensión mínima de la condena.

Los oficiales, jueces, carceleros, por culpa de los que un ciudadano viene privado arbitrariamente de su libertad, están obligados a pagar a la víctima una indemnización solidaria cada uno de diez mil liras, a abonarse con días de prisión en caso de insolvencia, con inscripción en la partida judicial, pérdida del empleo y pérdida de los derechos civiles durante cinco años.

La cartilla comporta una limitación, pero también debe comportar una garantía segura y concreta del mínimo de libertad acordado. La cartilla no debe ser sólo para los ciudadanos comunes, también debe ser para los ciudadanos tutores. Es rigurosa, para los unos, pero sobre todo para los otros. No debería ocurrir como con el azúcar. La libertad, como el pan, debe garantizarse: la cartilla de la libertad, como esta que invocamos, existe desde hace casi tres siglos en Inglaterra, país aliado, que también lucha en la guerra por la libertad y la justicia. Que la introduzca también el gobierno italiano, y aunque sea por decreto virreinal. Pero la Italia del *Corriere della Sera*, que admira a Inglaterra por sus miles de millones, quiere una cartilla… italiana; para el azúcar, sin azúcar; para el pan, sin pan; para la libertad, con Bava-Beccaris y con el estado de sitio.

10 de septiembre de 1917

Los deberes de un juez [Elogio de Poncio Pilatos]

No es un elogio paradójico. Es un justo y necesario reconocimiento de méritos reales, y ya era hora de que esos méritos fueran reconocidos.

Poncio Pilatos es la mayor víctima del cristianismo, del odio religioso. Su nombre ha sido difamado, se ha convertido en sinónimo de debilidad, de falta de carácter. Nunca nadie ha apelado contra su condena. El cristianismo ha maniatado a la inteligencia, ha impedido la búsqueda imparcial de la verdad. Y se continúa infamando a Pilatos, lo hacen incluso aquellos que han escapado de los pantanos religiosos, que en la muerte de Jesucristo no ven nada más que una cuestión de crónica judicial mitificada y dilatada hasta el infinito por la pasión de los proselitistas, que la necesidad de propaganda de los primeros

cristianos.

Poncio Pilatos fue un juez heroico. Persuadido de la inocencia de Jesucristo, sin embargo, hizo que fueran los legionarios romanos los que llevaran a cabo la pena de muerte. Parece un juego de palabras, pero no lo es. Poncio Pilatos sólo fue culpable de cumplir escrupulosamente con su deber, de respetar heroicamente sus obligaciones. No quiso sobrepasarse, no quiso prevaricar, ni siquiera para obedecer al impulso de su propia conciencia de individuo, de ciudadano privado. La cualidad jurídica de la que estaba investido ha silenciado a la conciencia del individuo, del ciudadano privado.

Poncio Pilatos era el procurador de Tiberio en Judea. Sus atribuciones eran férreamente establecidas por el derecho romano, y el derecho romano era liberal. Sólo caía bajo la sanción de la ley romana el que había violado la ley: los que se negaran a pagar los impuestos, el que socavara el dominio de César y su legado. Por lo demás, los judíos eran independientes, su conducta se regía por las leyes y prácticas locales: las autoridades romanas, que detentaban el poder ejecutivo, simplemente aplicaban las sanciones establecidas por estas leyes, por estas costumbres. Así fue cómo Poncio Pilatos, a pesar de las protestas de los fariseos y publicanos (los publicanos eran entonces los recaudadores de impuestos del Estado), se negó a juzgar a Jesucristo y se lo envió de vuelta a Herodes. Los cargos contra Jesús no estaban contemplados por el derecho romano, no eran crímenes de Estado. Pilatos se negó enérgicamente a acoger las interpretaciones que de esta ley quisieron imponer los fariseos, los publicanos, los sacerdotes del templo. El único intérprete de la ley del Estado era él, no los irresponsables portavoces de la plaza.

Jesús fue condenado, pero la sentencia no fue emitida bajo el derecho romano; fue condenado, pero Poncio Pilatos no le reconoció a la sentencia el carácter imperial y obedeció sólo a la ley que le imponía la ejecución de las sanciones también puramente locales. Acató la sentencia por el respeto a las autonomías locales que la ley romana imponía a los magistrados romanos.

El cristianismo ha difamado a Poncio Pilatos. La conciencia moderna debería exaltar a Poncio Pilatos. Después de la caída del Imperio romano, la conciencia del jurado se había perdido. Ha sido una reconquista de los nuevos tiempos. La independencia del poder judicial ha sido una de las mayores garantías de justicia que el hombre moderno ha logrado conquistar. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, pero no en Italia. El estatuto del Reino de Italia subordina el *orden* judicial al *poder* ejecutivo, pero dentro de ciertos límites. El intérprete de la ley sigue siendo el magistrado, el único que puede y debe juzgar si un ciudadano ha violado la ley, si debe ser castigado y bajo qué cargos debe ser arrestado. Ni siquiera en Italia, los fariseos, los recaudadores de impuestos, la plaza pueden imponer a los tribunales una línea de conducta diferente de la estipulada por la ley. Pero están cerca de hacerlo los mismos que se remiten siempre a la tradición romana, que se proclaman depositarios y futuros propagadores de la civilización romana que se ha impuesto al mundo especialmente por la liberalidad de su sistema judicial, por el cuidado con que los magistrados romanos observan la ley.

Los nietos, los depositarios de la tradición romana, llegan incluso a cometer prevaricación con la magistratura. Piden que la ley, que las pocas garantías de libertad que la ley italiana concede a los ciudadanos, sean violadas, y como precio del delito prometen a la magistratura su apoyo para un aumento de sus salarios.

Era necesaria la rehabilitación de Poncio Pilatos. Cuantos más Poncios Pilatos aparezcan en su verdadera dimensión de magistrado obediente a la ley, de reivindicador de su independencia, de único intérprete autorizado y responsable del código del Estado, tanto

más despreciable aparecerá la chusma de fariseos y publicanos (publicanos eran llamados en Roma los contratistas militares) que chilla furiosamente: que lo crucifiquen, que lo crucifiquen.

29 de septiembre de 1917

Jesús y millones de hombres [El ocaso de un mito]

Un hombre nace en una parte de la superficie de la tierra. Su vida corporal termina abruptamente con la pena de muerte. Pero la vida de sus obras, de sus palabras, continúa, se expande, se convierte en millones y millones de vidas, imprime su sello en siglos de historia. El hombre se ha convertido en un mito, se ha convertido en una parte de la conciencia universal: ha conquistado la inmortalidad, esa inmortalidad que sólo admiten los laicos, y es la perpetuación de una elevada palabra, de un ejemplo sublime de vida moral en el mundo, en las conciencias de los hombres que nacieron después y que aún nacerán en el mundo.

Una nueva civilización se llama por el nombre de aquel hombre. La nueva civilización era una necesidad histórica, estaba contenida potencialmente en la civilización precedente, pero aquel hombre ha encontrado, ha sido capaz de expresar con palabras inmortales aquella necesidad, ha tomado una amplia conciencia de esa necesidad y por lo tanto ha contribuido al nacimiento y a la propagación. Ha lanzado en el mundo grecorromano una idea clave: la diferencia de sangre, de raza, no es una causa de desigualdad entre los hombres: los hombres son iguales, porque son hijos de un mismo padre, porque están manchados por una misma culpa, porque están obligados a la misma necesidad de purificación para alcanzar una vida que es la vida verdadera, y no es de este mundo.

Millones de hombres, que antes se creían seres inferiores, sintieron la igualdad. La esclavitud, la propiedad de los cuerpos humanos, aceleró su descomposición. Esos millones de hombres empezaron a sentir que eran algo, empezaron a reflexionar sobre su propia naturaleza, sobre su propia conciencia. La fórmula de su redención llegó de un hombre que murió en un determinado lugar por haber afirmado aquel principio. Los hombres han identificado grosera e ingenuamente su conciencia con aquel hombre, con ese lugar. Han materializado un fenómeno que era sólo ideal. Por ese hombre, por ese lugar, se han matado unos a otros, han soportado sacrificios, han encendido hogueras, han inventado torturas. Pero el mito, la materialización de la idea, fue purificándose de las escorias mortales y contingentes. Otros hombres se sacrificaron. Afirmaron que era la conciencia humana que se liberaba, que, tras reconocerse a sí misma y a su propia energía, había roto los grilletes y las cadenas. El hombre, que había sido deificado, que había asumido una grandeza ficticia y artificial, retornó simplemente hombre, defensor de la verdad, propagador de la verdad, mártir de la verdad. Se engrandeció, pero de la grandeza verdadera y no perecedera que tiene por testigo la eficacia en los siglos y en la historia de una elevada palabra, de un sublime sacrificio por el deber. El testimonio de divinidad se convirtió en testimonio de humanidad, de mejor, más perfecta humanidad, si no de la mejor y más perfectísima. Se convirtió en uno de los momentos más importantes y más significativos de la vieja y paciente lucha que los hombres mantienen contra la naturaleza y contra una parte de sí mismos para ser cada vez más libres, más dueños de su voluntad y de los medios para alcanzarla. Y el propósito que los hombres anhelan con su actividad fue estableciéndose

cada vez mejor y ya no fue un fin ultraterreno, otra vida, y también fue humanizado, secularizado. Y la inmortalidad que había que alcanzar fue inmortalidad terrenal, en cuanto los hombres se dieron cuenta de que esa inmortalidad seguía viviendo en las conciencias, en el recuerdo de sus sucesores, porque dichos sucesores trabajaron para mejorar el presente, para que el futuro fuera aún mejor.

Así el mito fue desvaneciéndose. Así fueron perdiendo cada vez más importancia los signos materiales de un episodio del pasado. Un sepulcro, una ciudad. Volvieron a ser simplemente un sepulcro, una ciudad. Los hombres descubrieron que la luz que una vez les pareció que irradiaba del más allá, irradiaba en realidad de su conciencia, de su voluntad, de sus propias obras. Y así fue como Jerusalén no fue para los hombres más que uno de los muchos hechos de la guerra europea, y así fue como las campanas no sonaron a gloria, ni la multitud se lanzó alegre a las plazas y calles. No fue tanto que Jerusalén fuera liberada como que los hombres fueran liberados de Jerusalén. Porque una libertad fosilizada, materializada, dogmatizada se convierte en esclavitud, y los hombres, permaneciendo indiferentes a la noticia del advenimiento, documentaron su liberación de la esclavitud del mito cristiano, del materialismo cristiano.

22 de diciembre de 1917

La historia es siempre contemporánea [La barba y la banda]

El filósofo Croce escribió un par de monografías para demostrar que la «historia» es siempre, y sólo puede ser siempre, «contemporánea». Un hecho pasado, para ser historia y no un simple signo gráfico, documento material, instrumento mnemotécnico, debe ser replanteado y en ese replanteamiento se convierte en contemporáneo, ya que la valoración, el orden que se le da a sus elementos depende necesariamente de la conciencia «contemporánea» de quien hace la historia también pasada, de quien replantea el hecho pasado.

El filósofo Croce tiene razón, sin duda. Y nunca esta razón aparece tan convincente como se nos aparece a nosotros, que vivimos experiencias enormes, de una profundidad y amplitud nunca vistas. Comprendemos mejor los hechos y la psicología del pasado, de aquellos que en la escuela nos han habituado a llamar tiranos, a imaginárnoslos goteando sangre, con rostro sombrío, rodeados de secuaces, ocupando su tiempo en firmar condenas de prisión y patíbulo.

La conciencia «actual» nos desconcierta, nos hace reflexionar sobre aquellos hechos y aquellos hombres de una manera que se aproxime a la realidad. Ellos, los tiranos, mostraban una maldad que no es menos común ahora que entonces: eran, y son, materialistas, en el sentido en que miden la realidad espiritual sólo con medidas exteriores, y la juzgan sólo por su apariencia sensible. La censura entonces permitía hablar de la libertad china, pero no de la italiana: una libertad a tantos miles de kilómetros de distancia no daba miedo. En los colegios jesuitas se castigaba severamente a un alumno que en una redacción había hablado de república, de ideales populares, de los derechos pisoteados del pueblo, etc., pero ese mismo estudiante durante el recreo podía reunirse con sus compañeros y representar, improvisando, escenas imaginarias de la República Romana, en las que él, antiguo romano, podía cubrir de insultos a los tiranos, y podía, con la voz temblando de emoción, exaltar a los plebeyos pisoteados por los odiados patricios, y excitar a la rebelión, al pronunciamiento, a la secesión. La libertad era vista en lontananza, en el

pasado, y no parecía peligrosa, más bien hasta el tribuno más fogoso era premiado, tal vez con un ejemplar de las obras de san Ignacio.

La exterioridad tiranizaba a los tiranos. El orden, la disciplina eran queridos en la superficie, y en la superficie se juzgaba la gravedad del desorden y de la indisciplina. Recordemos las persecuciones de los hombres barbudos. La barba era un signo de subversión como hace veinte años lo era la corbata roja y el sombrero de ala ancha. Como lo es ahora… la banda por debajo del codo. Quien no eleva la banda bien alto y no la sujeta con alfileres, sino que la deja caer floja y cansada al borde de la manga, no puede no ser un subversivo, mejor aún, un derrotista. La exterioridad continúa intimidando a los cerebros. La tumba debe ser blanqueada y parecer una limpia casita liliputiense sin gusanos. La conciencia no existe, la interioridad no existe, el cerebro no existe. Existe el hábito, existe la palabra, existe la calavera. Se procesa la palabra separada del discurso; no pudiendo cortar la calavera, se la encierra en una prisión en compañía del cuerpo.

La «actualidad» nos hace vivir realmente el pasado, la psicología de los hombres del pasado. Y nos aclara las ideas, y nos obliga a transformar el vocabulario. Dejemos caer la palabra «tirano»: sustituyámosla por la de «estúpido»: haremos del pasado historia contemporánea.

5 de febrero de 1918

La libertad y los abusos [La reacción italiana]

Un *resbalón* de la censura romana ha hecho que por fin podamos decir que el camarada Lazzari fue arrestado el 25 de enero, habiendo caído, como se suele decir con poca sinceridad y lealtad en la prensa burguesa, en la red del *decretón* Sacchi.[6]

No tenemos la intención de escribir una diatriba sentimental, y muy tediosa, contra la reacción enfurecida. El compañero Lazzari es un hombre acostumbrado más a la mala que a la buena ventura, y el Partido Socialista no se desmoronará por la detención de su secretario político; ya el honorable Morgari ha asumido esas funciones, y el partido continuará su camino.

Sólo queremos hacer algunas observaciones sobre lo que está sucediendo en Italia, sobre el conjunto de medidas policiales, y casi judiciales, a las que estamos acostumbrados a dar el nombre de reacción. Se trata de un fenómeno puramente italiano [y el *decretón* Sacchi persistirá como un documento, valioso para los estudiosos, de las condiciones de deterioro y de descontrol en las que se encuentra actualmente la sociedad italiana, la burguesía italiana].

Sólo en un país donde no se hacen negocios, donde se trabaja poco, donde las relaciones entre ciudadano y ciudadano son poco frecuentes y de poco valor económico, es posible un monstruo jurídico como el que ha parido de la ignorancia democrática el diputado de Cremona. ¿Qué es, en efecto, la seguridad de los ciudadanos de no ser expuestos continuamente a la privación de la libertad personal, de estar seguros frente al arbitrio policial y al abuso judicial, si no el entorno necesario para el trabajo, para los cambios, para la producción, para el cumplimiento, en fin, de todas las actividades propias de un régimen capitalista? Sin embargo, en Italia todos los males que aquejan a las pocas personas inteligentes y activas son resultado necesario de la ineptitud, de las condiciones de deterioro y de descontrol en las que se encuentra esa cierta parte de la población que nosotros, haciéndole el honor del lenguaje socialista, llamamos clase burguesa. En Italia no

somos puntuales en la apertura de las oficinas, en la llegada de los trenes, en la reunión para una entrevista, porque el tiempo no tiene valor, porque el tiempo no es un coeficiente económico de producción. Diez horas antes, diez horas después: ¿qué son diez horas para los que no saben cómo llenarlas? ¿Lo mismo ocurre con la libertad? ¿Qué es la libertad para aquellos que no saben qué hacer con ella, para los que la libertad no es un valor económico, la posibilidad de trabajar, de producir, de cualquier modo? La libertad individual, la seguridad contra los abusos de la autoridad es la conquista del trabajo, de la producción, de las sociedades bien organizadas.

Recuerdo un episodio. Un profesor universitario me contó una aventura que le ocurrió en Hyde Park, en Londres, y al hacerlo aún temblaba de noble indignación. Vio a ciudadanos que plantaban banderas en el suelo, se subían a una silla, llamaban la atención de los transeúntes y luego empezaban a predicar. Vio hacerlo a una veintena, cada uno de los cuales apoyaba sus ideas, tratando de ganar adeptos: seguidores de particulares sectas protestantes, socialistas, anarquistas, teósofos. Se detuvo delante de un anarquista, y tanto se impresionó de las cosas que oyó que de inmediato llamó a un *policeman* cercano y le preguntó sorprendido: «Pero ¿qué está haciendo aquí, por qué no hace callar a ese hombre?». Y el *policeman*, flemáticamente: «Estoy aquí para silenciar a los hombres como usted que quieren quitarles a los demás la libertad de hablar». Un policía británico que da una lección de liberalismo a un profesor universitario italiano. En este episodio, auténtico, se documenta la mentalidad de la burguesía italiana, como en el *decretón* de Sacchi se documenta su inferioridad. Realmente no es divertido ser víctima de una gentuza como esa, y sólo en este sentido lo sentimos por el compañero Lazzari.

8 de febrero de 1918

El capitalismo fuera de control [Nuestro punto de vista]

Nuestro punto de vista en el escándalo de los residuos,[7] de acuerdo con *La Giustizia* de C. Prampolini, sería el siguiente: el capitalismo explota y especula —*debe* especular y explotar, padece su ruina— siempre, tanto en tiempos de guerra como de paz. El capitalismo busca mercados para sus productos y beneficios para sus accionistas, cómo y dónde puede. Es su naturaleza, su misión, su destino. Los italianos venden a los alemanes, los austríacos les habrán vendido a los franceses, los británicos les habrán vendido a los turcos. El capitalismo es internacional e Italia no es peor que los otros Estados.

Éste sería nuestro punto de vista, tan nuestro que coincide perfectamente con el de la «Idea Nacional». Y se entiende que sea el punto de vista de la «Idea Nacional»: por eso las responsabilidades aparecen tan vagas y diluidas, de hecho, que en realidad ya nadie sería responsable; los detenidos deberían ser inmediatamente liberados, y debería ser detenido el señor Capitalismo, vagabundo sin vivienda fija, que se encuentra un poco en todos los países del mundo a la vez.

Pero éste, de hecho, no es el punto de vista de los socialistas. Los socialistas al hacer la historia, o la crónica (incluso la de los tribunales), rehúyen las abstracciones de los genéricos difusos. Ellos argumentan que sí existe una tendencia general a hacer las cosas mal en la sociedad capitalista, pero no por eso confunden las responsabilidades sociales con las individuales. La producción burguesa *puede* convertirse en especulación, fraude, ilusionismo, pero su misión, su destino no es estafar: trata de aumentar la riqueza, de aumentar la suma de los bienes sociales. El punto de vista de *La Giustizia* forma parte de

una visión teológica de la sociedad, en la que el Dios todopoderoso, omnipresente y omnisciente de los católicos es reemplazado por una divinidad abstracta equivalente.

Por eso se vuelve inútil la investigación, es inútil el estudio de los hechos y de la historia, es inútil el examen de las costumbres: todo es igual en todas partes, porque en todas partes está el capitalismo y no se mueve una hoja sin que lo quiera el capitalismo.

Esta abstracción fatalista no es y no puede ser en absoluto nuestro punto de vista, porque está fuera de la realidad efectiva. En la realidad efectiva, el Capitalismo es el Estado burgués, que se concreta en las leyes, en la administración burocrática, en los poderes ejecutivos. Y éstos, a su vez, se concretan en individuos que viven, se visten, pueden ser sinvergüenzas o caballeros. Incluso las leyes, el Código Penal, son actividades capitalistas y castigan a los traficantes de residuos, lo que significa para ellos no ser capitalistas puros y duros, sino capitalistas, hombres que han obrado perversamente. Y nuestro punto de vista es el siguiente: en la organización burguesa de la sociedad italiana hay instituciones de control que no funcionan, que dañan así la producción capitalista genuina, porque han dejado que los pervertidos, los criminales continuaran sus actividades a pesar de que éstas eran tan sospechosas que difícilmente podían ser ignoradas. Lo que significa que la organización burguesa italiana es malvada también en su concepción del capitalismo.

El proletariado tiene la tarea específica de presionar continuamente sobre la organización actual para que se renueve y se haga cada vez más favorable a la producción, al aumento de la riqueza: debe presionar para que en la burguesía se afirmen sólo aquellos individuos que, a través de su actividad capitalista honesta, rindan las condiciones mecánicas y naturales de la vida social más adecuada para un traspaso de clase en el poder. Por eso los socialistas quieren que las instituciones de control estatal sean competentes y puedan ejercer eficientemente su oficio. Sólo los socialistas pueden querer esto, porque son desinteresados, porque están fuera del *geénna*[8] de los negocios. Y no pueden conformarse con las abstracciones, con las responsabilidades genéricas. De hecho, hay una burocracia que debería controlar la actividad comercial de los industriales de los residuos, y el poder ejecutivo debería impedir la especulación. ¿Qué ha hecho la burocracia? ¿Ha cumplido con su deber? Y, en todo caso, ¿por qué no lo ha hecho? La investigación se debe hacer, las responsabilidades deben ser establecidas. Los incompetentes, los estafadores deben ser eliminados. Es una prueba de fuego para el régimen: porque sólo demostrando que son siempre capaces de cumplir su función social se consigue. Pero si nadie lo obliga constantemente a pasar la prueba, se perpetuará entre la indiferencia de todos, que se entretienen hablando de capitalismo, sin cuya voluntad no se mueve una sola hoja.

Los males del Estado italiano

Contra la burocracia [Elogio de un ladrón]

CUENTAN los periódicos que un ujier del Ministerio de Educación fue detenido porque había adquirido la costumbre de hacer desaparecer de las mesas de los empleados las *prácticas* voluminosas, para venderlas como papel de desecho y sacar algún provecho en estos tiempos de alimentos caros y papel carísimo.

Naturalmente, el ujier tendrá el destino de todos los genios incomprendidos, será juzgado, condenado y perderá su trabajo. Pero si la justicia fuera, al menos ésta, menos burocrática y menos fósil, ese desconocido debería ser absuelto y elogiado. Porque él, mientras que desde años se lanzan quejas contra la burocracia, mientras se suceden los estudios y las comisiones para la reforma de las administraciones públicas, mientras cada ministro que quiera pasar por modero y mendigar alguna aprobación de la prensa y del público, se apresura a empezar su gobierno con la promesa de reducir la burocracia, dejándose entonces arrastrar inevitablemente por la costumbre, los engranajes de la mastodóntica e inexorable máquina, él solo, ese humildísimo *travet*,[9] ha señalado el camino seguro, rápido, de liberarse de las montañas de papel bajo las que los hombres del siglo XX gimen oprimidos, tratando en vano de cambiar de lugar para encontrar reposo.

Pensad qué liberación si un incendio gigantesco devorara todas esas *prácticas* que se amontonan sobre miles y miles de mesas y estantes, y lo felices que bailarían alrededor del fuego la danza de la emancipación esos millares de *travets*, perpetradores y víctimas juntos. Porque en realidad son los más desgraciados de los desgraciados, a quienes les toca vérselas con las administraciones públicas, son los que deben postergar, tratar, hinchar la *práctica*. Son obligados a un trabajo que se sabe un noventa por ciento perfectamente inútil, a escribir cartas que se sabe que no serán tomadas en serio por los despachos destinatarios competentes, a preguntar con fórmulas estereotipadas respuestas que se conocen ya palabra por palabra, y todo simplemente porque la *práctica* debe ser instruida, porque el jefe de división, el jefe de sección, el director de la oficina, el subdirector de la oficina, el director del grupo podría amonestarlo si, por ventura, se diera cuenta de que no se ha respetado escrupulosamente la circular 12501 de 1898, y la orden de servicio, etc., ¡y mantener a alguien en esa tortura idiota e idiotizante toda la vida es un castigo que Dante podría infligir a los que mataron a su padre! Y no hay nada que hacer. Toda rebelión es inútil; hay que doblegarse y obedecer, y callar incluso si un gerente de oficina dedica su jornada a dividir la correspondencia y a prepararla en varias carpetas para las distintas firmas de los distintos superiores, preocupado de si ha escrito de acuerdo con las buenas normas las fórmulas sacramentales «con estima» o «con observancia», preocupado de no equivocarse al poner los sellos bajo los que firmarán los superiores; incluso si un alto cargo pierde su tiempo, a pesar de que los ciudadanos le pagan bien, en cambiar una carta frase tras frase, palabra tras palabra, tal vez sólo para demostrar que sabe escribir, incluso si para animar las tediosas e interminables horas de oficina le cuenta a un colega la historia del sello… ¿No sabéis la historia del sello?…

Había una vez un director de una importante oficina de una gran empresa estatal. Sucedió que fue ascendido de cargo y destinado a otro lugar. Mientras se desarrollaba el

movimiento de *gros-bonnets* en el que él había sido incluido, debía quedarse aún durante un par de meses en su antigua oficina. Pero él ya había recibido el nuevo cargo, y ¿os parece entonces que podía seguir conformándose con el antiguo título? ¡Qué vergüenza! ¿Y su dignidad, y su autoridad? Entonces hizo fabricar cincuenta sellos nuevos, y distribuirlos a los empleados de las oficinas dependientes a fin de que en todas las cartas ya no se estampara más: «El director de la división», sino: «El director del distrito de primer grado regente de la división». Naturalmente, al llegar su sucesor, los sellos nuevos fueron retirados y se volvió a los anteriores, ¡pero mientras tanto el Estado ya se había gastado unos cuantos cientos de liras!

¿Y aún esperáis una renovación de la burocracia? No queda más que el fuego, la hoguera, la revolución… ¡¿Y quién sabe qué más?!

3 de abril de 1918

Burócratas de Estado [Conciencia censora]

Una de las enfermedades más graves de la sociedad italiana contemporánea es la absoluta falta de conciencia de los funcionarios empleados en las administraciones públicas. El noventa por ciento de las desgracias que caen todos los días sobre nuestro infeliz país se debe exclusivamente a los funcionarios administrativos, que no cumplen con su deber, que no tienen sentido de la responsabilidad, que han hecho del Estado una especie de país de la Abundancia, donde los grandes salarios no cuestan más que unos pocos callos en las posaderas y algunas firmas al final de papeles que ni siquiera leen. Los burócratas tienen la misma mentalidad del campesino que cree como uno de los mejores días de su vida uno en que haya conseguido introducir en la ciudad una gallina o un trozo de salami sin pagar impuestos; la misma mentalidad antisocial de quien trata de evitar por todos los medios pagar el billete de tranvía, o mejor incluso, el billete de un largo viaje en tren.

Mentalidad puramente antisocial, egoísmo que no es más que pura animalidad, que trata de evitar cargar cualquier peso, que evita cualquier esfuerzo de la cadena social que debe ser asumida por todos.

Los funcionarios, en su inmensa mayoría, fueron contratados para su puesto de trabajo no por méritos intrínsecos, por probada tecnicidad e inteligencia, sino por engaño, por empuje masónico, por compasión; seguro, por compasión: muchos conciben la administración pública no como el más delicado, tal vez, e importante de los órganos de la vida social, sino como un refugio para los inválidos, para los idiotas, para los que no tienen energía, para los que en la lucha por la vida no conseguirían ganarse un trozo de pan y una cama limpia y a cubierto. La vida social se resiente, la convivencia civil agudiza sus contrastes, el trabajo útil debe compartir sus frutos entre una caterva de gente sin utilidad, que causa daños y dispersión de riqueza. No importa. Los funcionarios han constituido una especie de Estado dentro del Estado, oprimen a los ciudadanos con la tiranía de su incompetencia inalcanzable, impersonal, irresponsable.

Los lectores no se sorprenderán si escribimos este prefacio para llegar a hablar finalmente de la censura. Los funcionarios de la censura son el máximo exponente del género. Contratados sin siquiera la sombra de una demostración de su capacidad, de acuerdo con criterios empíricos de beneficencia social, se han convertido en vampiros de la vida nacional, que tratan de esterilizar las fuentes de la inteligencia, de la seriedad, de la responsabilidad.

La obra que los censores llevan a cabo parece que quiera dar la razón a aquellos que sostienen la vieja máxima de los subversivos republicanos: cuanto peor, mejor. Los más templados, al ver a qué nivel de barbarie intelectual conducen la ignorancia, la ausencia de todo criterio, el oscurantismo, la irresponsabilidad tontamente sonriente de los censores, sienten un temblor de indignación, un estremecimiento pavoroso por el porvenir del espíritu humano, y más fácilmente se abre su ánimo a la aceptación de resoluciones extremas.

Quien siente respeto por la producción, por el trabajo, sea el que sea y de quienquiera que sea, comprende ese estado de ánimo. Es una sensación de náusea repugnante, un cansancio moral que hace verlo todo perdido y oscuro. Si los pocos empleados del orden, que específicamente tienen el deber de la responsabilidad y de la seriedad, no sienten ese deber y obedecen sólo al capricho, al deseo de evitar el esfuerzo, a las más bajas pasiones del ánimo, ¿cómo se puede tener poder de persuasión para inducir a muchos a la disciplina, a la calma, a la obediencia, a la razón y a combatir las veleidades impulsivas, los caprichos, el sentido de irresponsabilidad que alguno de esos muchos puede incluso manifestar? Aquellos que conciben la vida como serena lucha por la verdad y el bien universal, como deber inmanente en cada acto para dominar las pasiones y los impulsos —para que la realidad no efímera, pero con los caracteres eternos e incontrolables de la historicidad, se afirme y fluya— son siempre presa del desaliento, y tienen que hacer sobre sí mismos un enorme esfuerzo para evitar ser arrastrados en el torbellino de la irritación impulsiva, de la pasión irresponsable.

Pero el funcionario no se desmiente. Pasa sobre todo y sobre todos, preocupado únicamente de no producirse demasiados callos en las posaderas y pérdida de fósforo en el cerebro.

Es una especie de fuerza natural, incoherente y falta de inteligencia. El censor justifica su oficio blanqueando; hay un periódico que se dice perjudicado por su programa general: el censor se divierte desahogando su gusto de hombre primitivo, y traza dibujos, deja correr su mano sobre las páginas, que han costado trabajo y dinero, para extirpar el negro para que el blanco constituya un bello cuadro. Por necesidades pictóricas elimina lo que quince días antes había dejado, elimina lo que en otros periódicos había dejado.

[Se divierte, por ejemplo, haciendo de dentista y extrayendo de las líneas todas las palabras «capitalismo» y «capitalista». Con una sonrisa de superioridad niega que «el comerciante inglés, seguro de sí mismo y del éxito de sus negocios, los cuales responden naturalmente a la secular tradición mercantil de su país, porque los cambios recorren las calles del pasado abiertas por los antepasados, convertido en oficial coordina a sus soldados frente al *junker*, que en cambio hace depender del Estado, de la potencia del Estado germánico, su conservación y su futuro». Niega que «el suboficial inglés es el mismo joven británico que, no vinculado a su tierra natal por el servicio militar obligatorio, empezó jovencísimo a recorrer el mundo a pasos cadenciosos, siempre en su casa, siempre bajo la protección de sus leyes, en Europa, en Asia, en América, en África, en Australia, y se encuentra en el frente, en el campo de batalla, al viajante de comercio, al vendedor alemán, conocido en sus peregrinaciones, emprendedor, dirigiendo a su favor y al de su empresa el trabajo del pasado con el fin de densificar el tráfico, para excitar la necesidad del bienestar en los hombres». El censor, idealista como el *manzoniano* de Carducci «que tira cuatro duros para el cocido», encuentra enorme que se afirme que esta guerra es capitalista no sólo porque la maquinaria utilizada en ella sólo puede ser producida por los talleres ciclópeos de la industria moderna, sino también y especialmente porque los soldados ingleses y alemanes están forjados en un ambiente social de lucha, de resistencia, de disciplina, de

continuo sacrificio que la civilización capitalista ha causado. La justificación económica (en el sentido noble de la palabra, porque los soldados no tienen interés personal inmediato que alcanzar) no le gusta al censor, cuya mentalidad aplastada e infantilmente en ayunas de toda educación realista ha sido esculpida con su buen sentido popular por Ferravilla al crear a Tecoppa[10]: Tecoppa es idealista: perjudica a la comunidad no trabajando y apropiándose del trabajo de los otros, pero tiene una sensibilidad idealista exquisita, porque se irrita con quien habla mal de Garibaldi.

¡Y no se puede defender la propia libertad de pensar, la propia obra! Las noticias más comunes son tachadas: que la segunda carta de lord Lansdowne en el *Daily Telegraph* se publicó el 5 de marzo: que el 5 de marzo (véanse los periódicos de Turín de pocos días después) se reunió en Essex-Hall la segunda «Lansdowne-Labour-Conference» presidida por el profesor Hirst, el influyente economista de la escuela del libre comercio, y cerca de cuarenta miembros del Parlamento.]

Pero ¿por qué continuar? Concluyamos con una indicación a las autoridades competentes, con el fin de que, para obtener el mismo servicio, inflijan menos cargas a los contribuyentes italianos. Hace unos años, un grupito de pintores parisinos ataron un pincel a la cola de un burro y obtuvieron, sin esfuerzo, un cuadro que fue aceptado en una exposición de vanguardia y elogiado como obra insigne del futurismo. Entre los censores de *El grito* hay un ex pintor (sistema patentado italiano para contratar a los funcionarios): que sea sustituido por la cola de un burro: los blancos que el lápiz de color azul atado a la cola semoviente de un burro pueda infligir no nos irritarán, entenderemos que con ello se quiere lograr una simplificación de la burocracia, un ahorro a los contribuyentes. Tendremos paciencia. Coraje, señores, unas pocas liras en maíz en lugar de cientos de liras de sueldo. El mismo servicio y tal vez más inteligente; y en lugar de hacernos tragar hiel, nos haréis sonreír; existe también una enorme carestía de sonrisas, así que no nos vendrá nada mal difundir en el mercado una partida nueva.

Contra la guerra

Los profesionales de la guerra [El canto de las sirenas]

¿POR qué estallan las guerras de una determinada manera y no de otra? ¿Por qué en un momento determinado y no en otro? ¿Por qué son defensoras de una guerra determinadas clases burguesas y no otras?

No es fácil responder a estas preguntas. Pero eso no quiere decir que sea absolutamente imposible, o que no sea útil tratar de fijar los criterios para poder responder al menos aproximadamente, y para poder fijar después la línea de acción constante que un partido contrario a la guerra en general deba desarrollar para hacer imposibles las guerras en particular.

Los socialistas afirman que las guerras son resultado de los sistemas de privilegio. Como la clase privilegiada de hoy en día es la burguesía, como el capitalismo es la forma económica específica que hoy en día ha asumido el privilegio, los socialistas afirman que la guerra es una fatalidad burguesa. Pero no es necesario entender fatalidad en el significado naturalista-matemático, como una ley absoluta. Si fuera así, la guerra sería una realidad cotidiana, las naciones capitalistas estarían en perenne conflicto entre sí. Hay que entender *fatalidad* en el sentido idealista, como *interpretación* de una necesidad, como *juicios* de los hombres. El conflicto existe perennemente, pero no es perenne de hecho; para que se convierta es necesaria una iniciativa humana, es necesario que haya quien juzgue que ha llegado el momento para la acción, el momento útil para la realización de un nuevo privilegio, o para impedir que un privilegio adquirido caiga en beneficio de los demás, y estalla la guerra. Y entonces precisamente surgen las preguntas: ¿por qué ha estallado la guerra? ¿Por qué en un momento determinado y no en otro? ¿Por qué encuentra defensores en algunas clases sociales y en otras no?

Estas preguntas se le formularon a Norman Angell cuando publicó *La gran ilusión*. Norman Angell había planteado la cuestión de la guerra desde un punto de vista decidida y perfectamente lógico. Llegó a la conclusión: la guerra es un hecho tan grande que es necesario suponer que los hombres que la han desatado tienen enormes razones para desencadenarla y están realmente convencidos de estas razones. Las guerras modernas nacen de la necesidad de mejorar los ajustes económicos para ciertos capitalismos nacionales: los hombres que son componentes de estos capitalismos son presa de una gran ilusión: creen que las guerras son económicamente rentables, que las guerras crean mejores condiciones de producción y de comercio. Yo demuestro que una guerra, dado el asentamiento actual de la producción y del comercio, no puede enriquecer a nadie, no le es útil a nadie, que en una guerra moderna no puede haber vencedores y vencidos, sino que todos seremos vencidos, es decir, que para todo el mundo se reducirá el nivel económico, porque el daño de uno será inevitablemente el daño del otro. La revelación, la prueba matemática de esta verdad tiene que matar a la guerra.

Difundidlo, propagadlo: cuando todo el mundo esté convencido, la guerra desaparecerá; cuanto antes esta verdad haya conquistado a la mayoría de los hombres, antes desaparecerá la guerra.

Se le objetó a Norman Angell: ¿pero de verdad creéis que los hombres empiezan la

guerra por esas razones enormes? Pueden servir para *continuar* una guerra ya iniciada, para *prolongarla*, para fijar los objetivos. Pero las guerras estallan por tales y tantas razones que no tiene sentido buscar los orígenes inmanentes, y es imposible hallar cuáles son las primeras razones porque son siempre nuevas, siempre diferentes. La verdad es que nadie sabe por qué estallan las guerras y, por lo tanto, deben ser consideradas como un legado de la sociedad humana, y los hombres deben tratar de hacerlas, cuando se ven obligados a hacerlas, de la manera mejor, más honorable y rentable para las naciones a las que pertenecen.

Pero quién hace estas objeciones no es un contrario a la guerra. Para los socialistas, el problema no se concluye definitivamente en estos términos.

Es cierto que las guerras no se empiezan por razones lógicamente adecuadas al hecho que está a punto de desencadenarse; y es cierto que estas razones, estos estímulos son tales y tantos que difícilmente se consigue enmarcarlos en un patrón acabado y definitivo. Esto es cierto porque muy pocos son aún los hombres que se preocupan realmente por lo que sucede a su alrededor, que se preocupan de no permitir que se agrupen los nudos que después pedirán la intervención de la espada para cortarlos y provocarán de facto la guerra que es inherente a la sociedad actual. Porque son muy pocos los hombres que se esfuerzan por comprender todos los complicados recursos maléficos de la sociedad a la que pertenecen; son muy pocos los que se proponen transformarla concretamente, que se proponen —a la espera de poder reemplazarla— recluirla en la red de un control intensivo para impedir que la maldición que encierra latente se vuelva demasiado activamente cruel.

Porque hay quien trabaja *siempre, continuamente* para empezar las guerras. Porque hay quien constantemente lanza chispas sobre el combustible, y obra entre los hombres, y suscita dudas, y siembra el pánico. Porque hay profesionales de la guerra, porque hay quienes ganan con la guerra, aunque el colectivo, los colectivos nacionales no reciban más que lucha y ruina.

Los sembradores de pánico han existido siempre. Siempre han existido los profesionales de la guerra. También en el mundo antiguo. En las fábulas de Fedro se encuentran sus huellas.

Cuenta Fedro que en un roble vivían tres familias. Un águila había construido su nido e incubado sus huevos en la copa del árbol. Un jabalí había cavado su guarida entre las raíces. Un gato había encontrado entre las ramas, a mitad del árbol, refugio seguro de vuelta de sus incursiones y sus robos. El águila y el jabalí vivían en paz entre ellos, criando a sus hijos, ignorándose. El gato subió hasta el nido del águila, y le habló misteriosamente de los malvados designios del jabalí: el árbol estaba a punto de caerse, el jabalí estaba excavando en las raíces, ya que quería devorar a los aguiluchos; ¿qué podía hacer el águila para salvar a sus hijos? Atacar el primero, obligar al enemigo insidioso a huir, devorar a sus hijos, detener el malvado trabajo subterráneo. Así sembrado el pánico, el gato se fue a ver al jabalí. ¿Cuándo se había visto bestia más estúpida que esa devoradora de bellotas? ¿El águila había puesto su nido en la copa del roble sólo para esperar el momento oportuno y secuestrar a los jabatos, y no los protegía, no trataba de hacer escapar al enemigo? Sin embargo, sería muy fácil: bastaría con excavar en las raíces, hacer caer el árbol y ser el primero en destruir la casa y el poder del enemigo implacable. Ocurrió que el jabalí no se atrevió a salir y dejar su guarida sin vigilancia y murió de hambre, y el águila tampoco volvió a salir de su nido y también murió de hambre. El gato devoró la carroña y durante unos cuantos días no tuvo que correr por el bosque en busca de presas. Los sembradores de pánico no son una invención moderna.

Ha estallado en Francia el escándalo del pachá Bolo. Bolo había comprado cinco millones y medio de acciones de *Le Journal*. *Le Journal* se había especializado en la campaña para las armas y las municiones: siempre nuevas fábricas, nuevas máquinas para producir más armas, más munición. El pachá Bolo era accionista de *Le Rappel*. *Le Rappel* es el órgano del comité que apoya la necesidad de Francia de anexarse el territorio alemán de este lado de la orilla izquierda del Rin. Los periódicos publican que Bolo se relacionó en América con el capitán Tauscher, director de publicidad de la casa Krupp. ¿Quién se acuerda de los artículos de los periódicos ingleses, que recuerdan el opúsculo del sindicalista francés Delaisi, publicados antes de 1914, en los que documentaban las relaciones de negocios entre las casas Krupp, Creusot, Putiloff, Armstrong, fabricantes de armas respectivamente en Alemania, Francia, Rusia e Inglaterra? ¿Quién se acuerda de la documentación de la obra de los sembradores de pánico contratados por estas casas? ¿Quién se acuerda de que fue en Francia, en Alemania, en Rusia, en Inglaterra donde se podían encontrar periódicos complacientes que publicaban noticias sensacionalistas de proyectos bélicos, de nuevo armamento, de tentativas malévolas por parte de naciones adversarias? En cierto periódico inglés apareció media docena de veces entre 1913 y 1914 la noticia de que misteriosos dirigibles habían sido avistados sobre las ciudades del este. Cada vez la noticia era seguida por furibundas campañas de algunos otros periódicos para presionar al gobierno para que invirtiera en una mayor precaución defensiva. Cada vez fue posible demostrar que la noticia de los dirigibles avistados era completamente falsa. Pero ¿cuántos se creyeron el desmentido? En Alemania, las mismas noticias sensacionalistas se extendieron contra los británicos. El 4 de agosto de 1914, los alemanes estaban convencidos de que los franceses habían bombardeado Núremberg, y el gobierno alemán podía comenzar la guerra sin encontrar demasiados obstáculos en el pueblo.

Los sembradores de pánico continúan su obra. El pachá Bolo, el patrocinador de *Le Journal* y de *Le Rappel*, es el arrestado de hoy. Ayer fue Vittorio Cuttin, el escritor popular del *420*,[11] del «Cigarrillo», el acusador del compañero Todeschini [el defensor de los derechos italianos sobre toda la Dalmacia, de la guerra a fondo contra Austria para que todo el Adriático sea mar italiano, para que los croatas y los yugoslavos sean expulsados fuera de los territorios que Dios ha asignado a la patria]. Las fuerzas internacionales, que tienen interés en continuar con el estado de guerra latente, continúan con la propaganda de la vigilia. Ellos, como es natural, apoyan sólo a los que predican el odio entre los pueblos, a los que hoy crean nuevos tipos de guerras para el futuro.

No basta, entonces, la aversión a la guerra en general. Se requiere una obra de control constante sobre las fuerzas del mal que tienden a empezar las guerras, a lanzar las semillas de guerras futuras.

Dos son las tareas de los socialistas. Fortalecer cada vez más el propio movimiento para sustituir a la burguesía, para convertir en imposible cualquier guerra.

Mientras tanto, hay que controlar asiduamente a las clases burguesas que crean las horas tópicas, que *juzgan* necesaria la guerra en determinados momentos. La segunda tarea incluye a la primera: no es suficiente estar en contra de la guerra en general, como no es suficiente declararse socialista en general. Hay que tratar de evitar las guerras ante todo, frustrando todos los trucos, frustrando las maquinaciones de los sembradores de pánico, de los asalariados de la industria bélica, de los asalariados de las industrias que exigen la protección aduanera de la guerra económica. Porque a pesar de que sea necesario que la guerra estalle en un momento determinado, hay que impedir que ese momento llegue nunca.

Hay demasiadas sirenas que cantan las falaces canciones de la perdición. Debemos educar al proletariado, pero también hay que amordazar a las sirenas. Muy pocos son los Ulises que toman precauciones, que tras hacerse atar al mástil de la nave, que tras hacer que su tripulación se tape con cera los oídos, pasan a través del canto sin hundirse en el abismo. Pero también las sirenas son pocas: que los hombres de buena voluntad se aseguren de amordazarlas. Hasta que el proletariado no incluya a todas las personas y no sea inmunizado, hay que pensar al menos en lanzar sobre la sociedad burguesa la red del propio control, para encarcelarla, para hacer imposible otra nueva pérdida tan enorme de vidas y dinero.

10 de octubre de 1917

Mentira y resignación [La guerra y el porvenir]

[Léon Werth recuerda en el *Journal du Peuple* que Renan se preguntaba si sus biógrafos después de un par de siglos podrían discernir la verdad de la falsedad en la acumulación de leyendas que sobre él habían puesto en circulación los clericales después de la publicación de la *Vida de Jesús*, y añadía: «Si en lugar de avanzar, la crítica se volviera estúpida, yo estaría perdido. Pero si la humanidad está destinada al cretinismo, ya no me importa su consideración…».

La pregunta que Renan hacía sobre la historia y la leyenda de Renan, Léon Werth la hace en los mismos términos sobre la historia y la leyenda de la guerra. ¿Cuál será la sabiduría de la crítica? y más sencillamente: ¿la sabiduría de los hombres? ¿La humanidad persevera en el cretinismo? Hubo una epidemia de tarjetas postales que representaban a un cerdo con un casco acabado en punta, a los soldados alemanes con cabeza de asno, a la rubia Gretchen con cabeza de oca. Delicados símbolos de propaganda, dignamente expresados en la innoble cromolitografía. A estas patrióticas imágenes les hacen compañía las postales sentimentales, sobre las que los amantes cromolitográficos y románticos se abrazan bajo el claro de luna, y que dan a entender que quieren recuperar el tiempo perdido.

A pesar de algunas diferencias de matiz, estas imágenes se asemejan en mayor o menor grado a las ideas y a los sentimientos del nacionalismo y de los nacionalistas; de los hombres que, Narcisos de nuevo género, al no tener vida propia y al no comprender el significado de país, pretenden admirarse a sí mismos en el grupo humano al que pertenecen y se confunden a sí mismos con la nación.

No es difícil imaginar cómo estos sentimientos favorecen las falsedades diplomáticas, las ficciones y realidades financieras, las viejas costumbres dinásticas disfrazadas bajo el vocabulario democrático y revolucionario. Estos sentimientos confusos explican bien cómo se pueden lanzar tantos rebaños de humanos contra otros rebaños de humanos. Pero no explican cómo se unen hombres a pesar de que parecen diferentes del rebaño. Hubo revolucionarios que creyeron que iban a matar la guerra; hubo hombres del antiguo régimen que creían en una ley moral de la guerra. Y el historiador del futuro podrá sin demasiada sabiduría reencontrar los sentimientos del rebaño y los sentimientos de estos hombres.

Pero ¿podrá reconstruir el actual período de guerra? ¿Qué documentos lo conducirán a la verdad? ¿Tendrá suficiente sentido crítico y educación para discernir lo falso? Que la guerra se hubiera escondido en un país y que otro país se armara para matarla era una ilusión, pero esto explica, durante un cierto tiempo, el impulso y el consentimiento

de los hombres. Y para los nacionalistas (no teóricos, sino la multitud del nacionalismo más o menos impulsivo, más o menos razonado) la guerra no necesita mayor explicación que la guerra. Es la supuración natural de todas las falsedades, de todas las abstracciones personificadas, con las que se forja todo nacionalismo. Por otra parte, en los primeros meses de la catástrofe parecía que la doctrina nacionalista se adaptaba al estado de guerra. Se creía una guerra feroz pero corta. Los hombres se resignaron a no pensar y hay que reconocer que esa renuncia fue difícil para muchos. El sofisma del patriotismo revolucionario fue tan poderoso como los sofismas del patriotismo ortodoxo. La guerra, para los unos, creaba la necesidad de la salvación pública, y para los otros, la salud pública, las exigencias del estado de guerra se confundían con la salvación de la libertad y de todas las grandes esperanzas de los pueblos…

Pero he aquí que la guerra, convertida en estable, ha consumido y destruido las ficciones que nos hacen entrar en guerra y la alimentan. Los guerreros pacifistas de 1914 no predijeron esto. Algunos partieron, al igual que los héroes de las leyendas, para matar al dragón, a la hidra, al monstruo. No se imaginaban que su sacrificio alimentaría la guerra como la obediencia pura y simple y que un día la guerra continuaría, despojada de los sentimientos, de las pasiones y de los odios humanos, y reducida a una acción automática.

¿Qué crítico sagaz del porvenir revelará este automatismo de la guerra? ¿Dónde encontrará el testimonio y las pistas?

Y que no se diga que se trata de un cansancio natural. Parece que los hombres se dan cuenta finalmente de la inutilidad de la muerte. En el mismo momento en que los charlatanes, como es su costumbre, hablan de la manera más prolija del principio de la nacionalidad o del principio de la nación, parece que los hombres asistan asustados a la desaparición de sus falsedades y finalmente contemplen la guerra sobre su verdadero pedestal.

Jaurès ha sido asesinado, ha sido encarcelado Liebknecht. No se les ha permitido que arrancaran los oropeles de la mentira. Pero los oropeles caen igualmente, uno a uno. Me vienen a la memoria esas barracas de feria donde, mediante un juego de espejos, a través de la ropa de una persona se ve aparecer su esqueleto.]

3 de noviembre de 1917

Hace falta que cambiemos nosotros mismos [Lecturas]

Tengo aquí sobre la mesa algunas publicaciones muy recientes. Veo otras anunciadas. He recibido dos o tres circulares que anuncian el lanzamiento de periódicos que se ocuparán de los problemas que se relacionan con la acción compleja que debe llevar a cabo el proletariado para alcanzar sus objetivos inmediatos o últimos. Hablo con compañeros, con amigos, con personas afines. De todos oigo algo diferente. Han surgido nuevas necesidades, y se estimula el pensamiento. La realidad del entorno se ve ahora bajo nuevos puntos de vista. Todos están inquietos, y en todos hay un tumulto de intenciones vagas e inciertas que se expresan en términos generales, que no consiguen solidificarse.

¿Por qué ocultarlo? Yo también participo de esta inquietud, de esta incertidumbre. Trato de refrenar los estímulos, de no dejarme sumergir por la ola de impresiones nuevas que llaman al umbral de la conciencia y quieren ser aceptadas, y quieren ser examinadas.

Tres años de guerra han traído al mundo algunos cambios. Pero tal vez ésta es la mayor de todas las modificaciones: tres años de guerra han hecho *sensible al mundo*.

Nosotros *sentimos* el mundo; primero lo *pensábamos*, solamente. Sentíamos nuestro pequeño mundo, éramos copartícipes de los sufrimientos, de las esperanzas, de las voluntades, de los intereses del pequeño mundo en el que estábamos inmersos más directamente. Nos soldamos a la comunidad más vasta sólo con un esfuerzo de pensamiento, con un esfuerzo enorme de abstracción. Ahora la soldadura se ha convertido en algo más íntimo. Vemos claramente lo que antes era incierto y vago. Vemos a los hombres, multitudes de hombres, donde ayer veíamos Estados o individuos únicos representativos.

La universalidad del pensamiento se ha concretado, o al menos tiende a concretarse. Algo cae necesariamente, en nosotros y en los demás. Se ha formado un nuevo clima moral: todo es móvil, inestable, fluido. Pero las necesidades del momento urgen y, por lo tanto, el fluido tiende a estancarse, lo que no es más que aventura espiritual quiere convertirse en definitivo. El estímulo al pensamiento se presenta como pensamiento bello y perfecto. Lo que es sólo veleidad se presenta como voluntad clara y concreta. Y nace el caos, la confusión de las lenguas, y se entrecruzan las propuestas más locas con la verdad más brillante.

Abonamos así nuestra ligereza de ayer, nuestra superficialidad de ayer. Desacostumbrados a pensar, contentos con la vida del día a día, hoy estamos desarmados frente a la tormenta. Habíamos mecanizado la vida, nos habíamos mecanizado a nosotros mismos. Nos contentábamos con poco: la conquista de una pequeña verdad nos llenaba de tanta alegría como si hubiéramos conquistado toda la verdad. Rehuíamos el esfuerzo, nos parecía inútil resolver las hipótesis lejanas, aunque fuera temporalmente. Éramos místicos inconscientemente. O le dábamos demasiada importancia a la realidad del momento, a los hechos, o no le dábamos ninguna. O éramos abstractos porque de un hecho, de la realidad, hacíamos toda nuestra vida, hipnotizándonos, o lo éramos porque carecíamos totalmente de sentido histórico y no veíamos que el futuro hunde sus raíces en el presente y en el pasado, y los hombres, los juicios de los hombres pueden saltar, deben saltar, pero no la materia, la realidad económica y moral.

Tanto mayor es el deber actual de adoptar un orden en nosotros. El mundo se ha acercado a nosotros, mecánicamente, por impulsos y fuerzas que eran ajenos a nosotros. Sin saberlo, muchos ven en nosotros la salvación. Fuimos los únicos que preparábamos un futuro diferente, mejor que el presente. Todos los desilusionados, pero especialmente toda la enorme multitud que tres años de guerra han sacado a la luz de la historia, han provocado que nazca un interés por la vida colectiva, esperando de nosotros la salvación, el nuevo orden. Una crisis espiritual enorme ha sido provocada. Necesidades sin precedentes han surgido en los que hasta ayer no habían oído hablar de otras necesidades distintas a vivir y alimentarse. Y esto precisamente en el momento histórico —como, de hecho, debía ocurrir— en el que ha ocurrido la mayor destrucción de bienes que registra la historia, de aquellos bienes que solos pueden satisfacer la mayoría de esas necesidades.

Las publicaciones nuevas, las nuevas revistas, no me importan, no me pueden dar ninguna de las satisfacciones que yo busco. Cosa que, por lo demás, no es una razón para desesperarse. Debo buscar las satisfacciones en mí mismo, en lo más íntimo de mi conciencia, donde sólo puedan componerse todas las disidencias, todas las turbaciones suscitadas por los estímulos externos. Estos libros no son para mí nada más que estímulos, oportunidades para pensar, para indagar en mí mismo, para reencontrar en mí mismo las razones profundas de mi ser, de mi participación en la vida del mundo. Estas lecturas me convencen una vez más de que los socialistas aún tenemos un gran trabajo por hacer:

trabajo de interiorización, trabajo de intensificación de la vida moral.

Se amenaza con toda una campaña cerrada para la revisión de las fórmulas, de los programas adoptados hasta ahora. Este revisionismo no es necesario. Los errores que se hayan podido cometer, el mal que no se ha podido evitar, no se deben a fórmulas o a programas. El error, el mal, estaba en nosotros, estaba en nuestro diletantismo, en la ligereza de nuestra vida, estaba en la tradición política general, de cuya perversión también participábamos sin saberlo. Las fórmulas, los programas eran externos, eran inanimados para muchos; no los vivían con intensidad, con fervor, no vibraban en cada acto de nuestra vida, en cada momento de nuestro pensamiento. Cambiar las fórmulas no significa nada. Es necesario que cambiemos nosotros mismos, que cambie el método de nuestra acción. Estamos envenenados por una educación reformista que ha destruido el pensamiento, que ha empantanado el pensamiento, el juicio contingente, ocasional, el pensamiento eterno, que se renueva constantemente a pesar de mantenerse inalterado. Somos revolucionarios en la acción, mientras somos reformistas en el pensamiento: obramos bien y razonamos mal. Avanzamos por intuición, en lugar de por razonamiento; y esto conduce a una inestabilidad continúa, a una permanente insatisfacción: somos temperamentos más que caracteres. Nunca sabemos lo que nuestros compañeros van a hacer mañana; no estamos acostumbrados a pensar en concreto, y por eso no sabemos establecer lo que hay que hacer mañana, y si lo sabemos para nosotros, no lo sabemos para los demás, que son compañeros de lucha, que deberán coordinar sus esfuerzos con nuestros esfuerzos.

En la compleja vida del movimiento proletario falta un órgano, sentimos que falta un órgano.

Debería haber, al lado del periódico, en las organizaciones económicas, en el partido político, un órgano de control desinteresado, que fuera levadura perenne de vida nueva, de investigación nueva, que favoreciera, profundizara y coordinara los debates, al margen de cualquier contingencia política y económica.

En el curso de estas relaciones de lecturas hechas, estas necesidades que yo siento, que muchos otros sienten conmigo, irán concretándose, y con la ayuda de los compañeros de buena voluntad, será reconocida una solución y señalado un camino a seguir.

APÉNDICE

Una ley liberticida

Intervención en la Cámara sobre la masonería y la libre asociación[12]

PRESIDENTE: Tiene la facultad de hablar el honorable Gramsci.

GRAMSCI: El proyecto de ley contra las sociedades secretas[13] ha sido presentado a la Cámara como un proyecto de ley contra la masonería; que es el primer acto real del fascismo para afirmar la que el Partido fascista llama su revolución. […]

El fascismo, entonces, afirma hoy prácticamente que quiere «conquistar el Estado». ¿Qué significa esta frase que ya se ha convertido en un cliché? ¿Y qué significado tiene, en este sentido, la lucha contra la masonería? […]

La masonería, dada la forma en la que se constituyó Italia en unidad, dada la debilidad inicial de la burguesía capitalista italiana, la masonería ha sido el único partido real y eficiente que ha tenido la clase burguesa durante un largo tiempo. […]

Y como la masonería en Italia ha representado la ideología y la organización de la verdadera clase burguesa capitalista, quien está contra la masonería está contra el liberalismo y contra la tradición política de la burguesía italiana. Las clases rurales, que estaban representadas en el pasado por el Vaticano, ahora están representadas principalmente por el fascismo; es lógico, por tanto, que el fascismo haya reemplazado al Vaticano y a los jesuitas en su tarea histórica, por lo que las clases más atrasadas de la población ponen bajo su control la clase que ha sido decisiva en el desarrollo de la civilización; éste es el significado de la alcanzada unidad espiritual de la nación italiana, que habría sido un fenómeno de progreso hace cincuenta años, y que en cambio hoy es el mayor fenómeno de regresión…

La burguesía industrial no ha sido capaz de frenar al movimiento obrero no ha sido capaz de controlar ni al movimiento obrero, ni a los revolucionarios rurales. La primera consigna instintiva y espontánea del fascismo, después de la ocupación de las fábricas, ha sido, por tanto, ésta: «Los campesinos controlarán a la burguesía urbana, que no sabe ser fuerte contra los obreros».

Si no me equivoco, entonces, honorable Mussolini, no era ésta su tesis, y entre el fascismo rural y el fascismo urbano, decía preferir el fascismo urbano… (Interrupciones).

MUSSOLINI: Debo interrumpirle para recordarle mi artículo de alto elogio del fascismo rural de 1921-1922.

GRAMSCI: Pero esto no es un fenómeno puramente italiano, aunque en Italia, por la mayor debilidad del capitalismo haya existido el mayor desarrollo […].

El problema, por tanto, es el siguiente: ¿la situación del capitalismo en Italia se ha reforzado o se ha debilitado tras la guerra, con el fascismo? ¿Cuáles eran las debilidades de la burguesía capitalista italiana antes de la guerra, debilidades que condujeron a la creación de ese determinado sistema político masónico que existía en Italia, que ha tenido su mayor desarrollo en el *giolittismo*?[14] Las máximas debilidades de la vida nacional italiana fueron

en primer lugar la falta de materias primas, es decir, la incapacidad de la burguesía de crear en Italia una industria que tuviera sus raíces profundas en el país y que pudiera desarrollarse progresivamente, absorbiendo la excesiva mano de obra. En segundo lugar, la falta de colonias ligadas a la madre patria, por lo que a la burguesía le ha sido imposible crear una aristocracia obrera que podría ser un aliado permanente de la propia burguesía. En tercer lugar, la cuestión meridional, es decir, la cuestión de los campesinos, estrechamente vinculada al problema de la emigración, que es la prueba de la incapacidad de la burguesía italiana para mantener… (Interrupciones).

MUSSOLINI: También los alemanes han emigrado a millones.

GRAMSCI: El significado de la emigración en masa de los trabajadores es el siguiente: el sistema capitalista, que es el sistema predominante, no es capaz de dar alimentos, alojamiento y ropa a la población, y una gran parte de esta población se ve obligada a emigrar […]

[…] Usted se enjuaga siempre la boca con las afirmaciones más pueriles de una supuesta superioridad demográfica de Italia sobre otros países; siempre dice, por ejemplo, que Italia es demográficamente superior a Francia. Ésta es una cuestión que sólo las estadísticas pueden resolver perentoriamente, y yo a veces me ocupo de las estadísticas; ahora una estadística publicada en la posguerra, nunca desmentida, y que no puede ser desmentida, afirma que la Italia de antes de la guerra, desde el punto de vista demográfico, se encontraba ya en la misma situación que Francia después de la guerra; esto está determinado por el hecho de que la emigración aleja del territorio nacional a una masa tal de población masculina, productivamente activa, que los informes demográficos se vuelven catastróficos. En el territorio nacional se quedan los ancianos, las mujeres, los niños, los inválidos, es decir, la parte de la población pasiva, que grava sobre la población trabajadora en mayor medida que cualquier otro país, incluso Francia.

Ésta es la debilidad fundamental del sistema capitalista italiano, por lo que el capitalismo italiano está destinado a desaparecer rápidamente, porque el sistema capitalista mundial ya no funciona para absorber la emigración italiana, para explotar el trabajo italiano, que nuestro capitalismo es incapaz de dominar.

Los partidos burgueses, los masones, ¿cómo han tratado de resolver estos problemas?

Conocemos en la historia italiana de los últimos tiempos dos planes políticos de la burguesía para resolver la cuestión del gobierno del pueblo italiano. Hemos tenido la práctica *giolittiana*, el colaboracionismo del socialismo italiano con el *giolittismo*, es decir, el intento de establecer una alianza de la burguesía industrial con una cierta aristocracia obrera septentrional para oprimir, para someter a esta formación burguesa-proletaria la masa de los campesinos italianos, especialmente la del sur. El programa no tuvo éxito. […] Vosotros, fascistas, fuisteis los mayores artífices del fracaso de esta política, porque habéis nivelado a la misma miseria a la aristocracia obrera y a los campesinos pobres de toda Italia.

Hemos tenido el programa que podemos llamar del *Corriere della Sera*, diario que representa una fuerza considerable en la política nacional: 800 000 lectores son también un partido.

VOCES: Menos…

MUSSOLINI: ¡La mitad! Y además los lectores de los periódicos no cuentan. Ellos nunca han hecho una revolución. ¡Los lectores de los periódicos se han equivocado regularmente!

GRAMSCI: El *Corriere della Sera* no quiere hacer la revolución.

FARINACCI: ¡Tampoco *l'Unità*!

GRAMSCI: […] el *Corriere della Sera* siempre ha apoyado una alianza entre los industriales del norte y una cierta vaga democracia rural predominantemente meridional sobre la base del libre comercio. Ambas soluciones tendían esencialmente a dar al Estado italiano una base más amplia que la original, tendían a desarrollar las «conquistas» del Resurgimiento.

¿Qué oponen los fascistas a estas soluciones? Hoy oponen la ley llamada contra la masonería; dicen que así quieren conquistar el Estado. En realidad, el fascismo lucha contra la única fuerza organizada de manera eficiente que la burguesía tenga en Italia, para reemplazarla en la ocupación de los puestos que el Estado da a sus funcionarios. La «revolución» fascista es sólo la sustitución de un personal administrativo por otro.

MUSSOLINI: ¡De una clase a otra, como ocurrió en Rusia, como ocurre normalmente en todas las revoluciones, como nosotros haremos metódicamente! (Aprobaciones).

GRAMSCI: Sólo es revolución la que se basa en una nueva clase. El fascismo no se basa en ninguna clase que no estuviera ya en el poder…

MUSSOLINI: Pero si la mayoría de los capitalistas están en contra, pero si os cito a los grandísimos capitalistas que votan en contra de nosotros, que están en la oposición: los Motta, los Conti…

FARINACCI: ¡Y subvencionan a los periódicos subversivos! (Comentarios).

MUSSOLINI: La alta banca no es fascista, ¡y usted lo sabe!

GRAMSCI: La realidad, entonces, es que la ley contra la masonería no es principalmente contra la masonería; el fascismo llegará fácilmente a un compromiso con los masones.

MUSSOLINI: ¡Los fascistas han quemado las logias de los masones antes de hacer la ley! Así que no hay necesidad de compromisos.

GRAMSCI: Hacia la masonería el fascismo aplica, intensificándola, la misma táctica que ha aplicado a todos los partidos burgueses no fascistas: en un primer momento ha creado un núcleo fascista en estos partidos; en un segundo período ha tratado de explicarle a los otros partidos las fuerzas que mejor le convenían, al no haber obtenido el monopolio como se proponía…

FARINACCI: ¿Y nos llamáis tontos?

GRAMSCI: No seríais tontos si fuerais capaces de resolver los problemas de la situación italiana…

MUSSOLINI: Los resolveremos. Ya hemos resuelto varios.

GRAMSCI: […] ¿Qué se hace cuando un enemigo es fuerte? Primero se le rompen las piernas, después se obtiene el compromiso en condiciones de evidente superioridad.

MUSSOLINI: ¡Primero se le rompen las costillas, después se le mete preso, como vosotros habéis hecho en Rusia! ¡Vosotros hacéis vuestros prisioneros, después los retenéis, y os sirven! (Comentarios).

GRAMSCI: Hacer prisioneros significa, precisamente, llegar a un compromiso: por eso nosotros decimos que en realidad la ley se ha hecho especialmente contra las organizaciones obreras. Preguntamos por qué desde hace varios meses, sin que el Partido Comunista haya sido declarado una organización criminal, los carabineros arrestan a nuestros compañeros cada vez que se encuentran reunidos en número de al menos tres…

MUSSOLINI: Hacemos lo que hacéis en Rusia…

GRAMSCI: En Rusia hay leyes que son observadas: vosotros tenéis vuestras leyes…

MUSSOLINI: Vosotros hacéis redadas formidables. ¡Las hacéis muy bien! (Se ríe).

GRAMSCI: En realidad, el aparato policial del Estado [italiano] ya considera al Partido Comunista como una organización secreta.

MUSSOLINI: ¡No es verdad!

GRAMSCI: Mientras tanto se arresta sin ningún cargo específico a todo el que sea encontrado en una reunión de tres personas, sólo porque es comunista, y es encerrado en la cárcel.

MUSSOLINI: Pero pronto son puestos en libertad. ¿Cuántos están en la cárcel? ¡Los pescamos simplemente para conocerlos!

GRAMSCI: Es una forma de persecución sistemática que anticipa y justificará la aplicación de la nueva ley. El fascismo adopta los mismos sistemas del gobierno Giolitti. Hacéis como hacían en el sur los guardias giolittianos que arrestaban a los votantes de la oposición… para conocerlos.

UNA VOZ: Hubo un solo caso. Usted no conoce el sur.

GRAMSCI: ¡Soy del sur!

[…]

UNA VOZ: Hable de la masonería.

GRAMSCI: Quiere que hable de la masonería. Pero en el título de la Ley ni siquiera menciona a la masonería, se habla sólo de las organizaciones en general. En Italia, el capitalismo ha podido desarrollarse porque el Estado ha presionado a las poblaciones campesinas, especialmente en el sur […] Deberían devolverle al sur los cientos de millones de impuestos que cada año extorsionáis a la población del sur.

MUSSOLINI: ¡Vosotros no hacéis pagar los impuestos en Rusia!…

UNA VOZ: ¡En Rusia roban, no pagan impuestos!

GRAMSCI: Ésta no es la cuestión, querido colega, […] se trata del hecho de que cada año el Estado extorsiona a las regiones del sur una suma de impuestos que no devuelve de ninguna manera…

MUSSOLINI: No es cierto.

GRAMSCI: […] sumas que el Estado extorsiona a las poblaciones campesinas del sur para proporcionarle una base al capitalismo de la Italia del norte. (Interrupciones, comentarios.) […] Vosotros, fascistas, vosotros, gobierno fascista, a pesar de toda la demagogia de vuestros discursos, no habéis superado esta contradicción que era ya radical; […]

Vosotros podéis «conquistar el Estado», podéis modificar los códigos, vosotros podéis tratar de impedir a las organizaciones que existan en la forma en la que existían hasta ahora; no podéis prevalecer sobre las condiciones objetivas en las que estáis obligados a moveros. […]

MUSSOLINI: ¡El Partido Comunista tiene menos miembros que el partido fascista italiano!

GRAMSCI: Pero representa a la clase obrera.

MUSSOLINI: ¡No la representa!

FARINACCI: La traiciona, no la representa.

GRAMSCI: El vuestro es un consenso obtenido con el palo. […]

En conclusión: ¡la masonería es la pequeña bandera que sirve para hacer pasar la mercancía reaccionaria antiproletaria! […] (Interrupciones).

PRESIDENTE: ¡Pero no se interrumpan! Dejen hablar. ¡Usted, sin embargo, señor Gramsci, no ha hablado de la ley!

ROSSONI: ¡La ley no es contra las organizaciones!

GRAMSCI: Honorable Rossoni, eso mismo es un inciso de la ley contra las organizaciones. Los obreros y los campesinos deben saber que no conseguiréis impedir que el movimiento revolucionario se fortalezca y se radicalice. (Interrupciones, ruido). Porque eso sólo representa hoy la situación de nuestro país… (Interrupciones).

PRESIDENTE: Honorable Gramsci, este concepto lo ha repetido tres o cuatro veces. ¡Tenga la bondad! ¡No somos el jurado, al que se le debe repetir muchas veces la misma cosa!

GRAMSCI: Muy al contrario, es necesario repetirlo, es necesario que lo oigáis hasta la náusea.



ANTONIO GRAMSCI (Ales, Cagliari 1891-Roma 1937). Llegado a Turín con una beca de estudios desde la postergada Italia meridional, se formó durante algunos años en filología en la universidad, pero durante la Primera Guerra Mundial pasó a dedicarse exclusivamente al periodismo y, sobre todo a la política, primero en las filas del socialismo y más tarde en las del comunismo. Empieza su actividad como redactor en 1916, en el semanario de la sección socialista de Turín *Il Grido del Popolo* y en *Avanti!* De 1919 a 1920 es secretario de redacción del semanario *L'Ordine nuovo* y participa en el movimiento de los consejos de fábrica de Turín. En enero de 1921 se convierte en uno de los cofundadores del Partido Comunista Italiano, del que será nombrado secretario general en 1924. Dos años antes, conoce a la que será su mujer, Julia Schucht, en un viaje a Moscú como representante del partido italiano en el ejecutivo de la Internacional comunista. Elegido como miembro del Parlamento en abril de 1924, es arrestado en noviembre de 1926, coincidiendo con la prohibición de todos los partidos de la oposición por el régimen fascista. Es condenado por el Tribunal Especial a veinte años de prisión. Sus reflexiones de esos años se han reunido en sus *Cuadernos de la cárcel*. Muere pocos días después de ser liberado, tras una larga enfermedad testimoniada en sus *Cartas desde la cárcel*.

Notas

[1] Cuatro líneas y cuarto censuradas. <<

[2] Veintisiete líneas censuradas. <<

[3] Aproximadamente dos líneas censuradas. <<

[4] Algunas palabras censuradas. <<

[5] H. G. Wells, *The History of Mr. Polly*. <<

[6] El decreto Sacchi (4 de octubre de 1917), del nombre del guardasellos, daba la posibilidad a las autoridades tanto civiles como militares de someter a procedimiento judicial a todo aquel que sólo fuera sospechoso de antipatriotismo. (N. d. r). <<

[7] Con el escándalo de los residuos, Gramsci se refiere al contrabando de los residuos de seda y algodón usados en la fabricación de los saquitos de pólvora para disparar. De una denuncia de un diputado republicano en 1918 se desarrolló una investigación en la que se vieron implicados varios grandes empresarios italianos. (N. d. r). <<

[8] De origen hebreo: Geénna, o Gehena, o Ge-hinón, es decir, «Valle de Hinón», usado, figurativamente, como nombre del lugar o estado del castigo eterno, es decir, del infierno. El Valle de Hinón era un lugar en las afueras de Jerusalén usado como crematorio y basurero, y donde en la Antigüedad existían altares paganos para celebrar sacrificios humanos. (N. del T). <<

[9] *Le Fatiche di Monsu Travet: Per una storia del lavoro pubblico in Italia*, de Angelo Varni y Guido Mellis. (N. del T). <<

[10] Personaje teatral creado por Edoardo Ferravilla a finales del siglo XIX, que reúne todos los tópicos del individuo de baja calaña. (N. del T). <<

[11] Una colección de escritos antiaustríacos e irredentistas. (N. del T). <<

[12] Texto del discurso pronunciado el 16 de mayo de 1925 en la Cámara de los Diputados y reproducido con el título *Origini e scopi della legge sulle associazioni segrete nel discorso del compagno Gramsci alla Camera*, en *l'Unità* («Orígenes y objetivos de la ley sobre las asociaciones secretas en el discurso del compañero Gramsci a la Cámara, en l'Unità»), II, n. 117, 23 de mayo de 1925. <<

[13] El proyecto de ley, presentado a la Cámara el 12 de enero de 1925, sobre la disciplina de las asociaciones obligaba a todas las asociaciones, entes e instituciones a comunicar a la autoridad de seguridad pública, cada vez que se le requiriera, el acto constitutivo, el estatuto, el reglamento interno y el elenco nominativo de las cargas sociales, además del listado de socios. (N. d. r). <<

[14] Se refiere a Giovanni Giolitti, estadista, cinco veces primer ministro de Italia. (N. del T). <<